

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
~ VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS ~

— DIRECTOR PROPIETARIO —

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

15 DE JUNIO DE 1924

AÑO V NÚMERO 81



Armatamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



Fabricantes: ESPERANZA Y UNCETA
GUERNICA (VIZCAYA)
DELEGACIÓN GENERAL A. V. DE BERNABÉ
DUQUE DE OSUNA, 3.-MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército
Unica reglamentaria en la Marina de Guerra
Unica reglamentaria en el Cuerpo de
Carabineros, en el Cuerpo de prisiones y
para los Jefes y Oficiales de la Guardia
civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos
estas pistolas por conducto de

ARMAS Y LETRAS

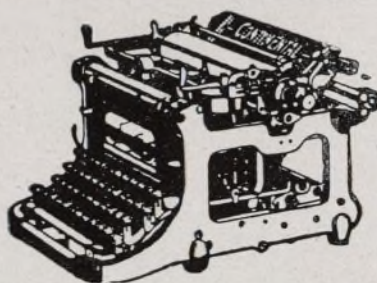
PEDRO ANDION

IMPERIAL, 8 Y 16, Y BOTONERAS, 8

TELÉFONO 14-87 M.

Lonas para toldos y cortinas.—Lencería, cuties y terlices para colchones.—
Saquerio para envases de lanas y cereales.—Cordelería y tramillas.—Yutes
para enfardaje.—Mantas, colchas y géneros blancos.—Gutaperchas.—
Lanillas para banderas.

LA MAQUINA DE ES-
CRIBIR QUE REUNE
TODOS
LOS ADELANTOS.
MODERNOS



PIDANLA A PRUEBA
A LOS CONCESIONA-
R OSEXCLUSIVOS para
ESPAÑA, PORTUGAL
y MARRUECOS

ORBIS, (S. A.)

MADRID: Hortaleza, 17.—Teléfono 44-58 M.
BARCELONA: Balmes, 12.—Teléfono A 458
VALENCIA: Mar, 8.
BILBAO: Ledesma, 18.
PALMA DE MALLORCA: Quint, 7
SEVILLA: Rivero, 7.
TOLEDO: Comercio, 14.

Procedentes de cambios por la sin par máquina de escribir CONTINENTAL, se venden
máquinas de ocasión de todos los sistemas, en buenas condiciones.

CALCULADORAS

ALQUILER

Taller de reparaciones de toda clase. -:- Accesorios para todos los sistemas.

Especialidad en Muebles de Oficina -:- -:- -:- PIDAN PRESUPUESTOS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M
Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis

El Arca de Noé

CASA ESPECIAL EN SUMINISTRO DE OFICINAS

ALMACEN DE PAPEL
OBJETOS DE ESCRITORIO

PAPELES DE HILO Y ALGODON — SOBRES DE TODAS CLASES Y TAMAÑOS
STILOGRAFICAS GARANTIZADAS—LIBROS RAYADOS—TINTAS DE 1.^a CALIDAD

VENTAS AL POR MAYOR Y AL DETALL

CORREDERA BAJA, 39.—TELÉFONO 44-79 M.—SUCURSAL: CALLE DEL PEZ, NÚM. 2.

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.—MADRID.—Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRERERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOL-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

«Guía del suboficial, sargento, cabo y soldado para obtener destinos» por D. Galo Paule, Suboficial de Caballería.
Los pedidos al autor en Regulares Indígenas de Melilla, número 2.

DISPONIBLE

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaquirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las FAJAS DE JUSTO. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACEBO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jipele
hace un buen
Caballo
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

ESTABLECIMIENTO

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

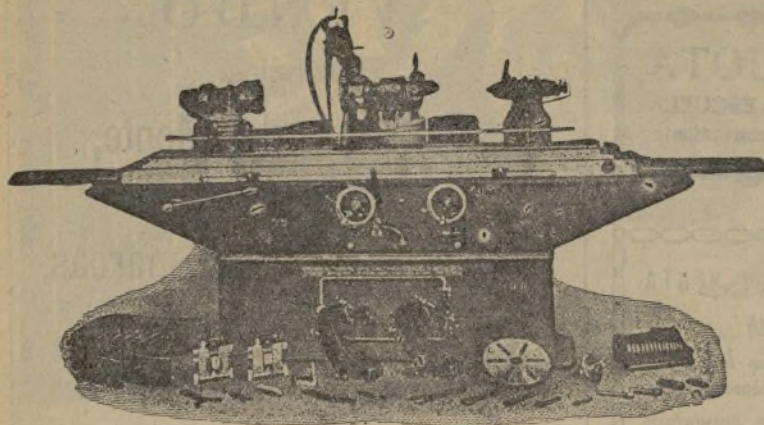
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

Consejo de Ciento, 421

BARCELONA

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Maquinaria especial para toda clase de trabajos del hierro.

Compresores y herramientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de taladrar.

Aparatos de rectificar, eléctricos, aplicables a torno.

Maquinaria de trefilería y trabajo del alambre.

Máquinas de roscar en roscas de madera—:—Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías, 1,50. Per correo 2 pesetas. FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4, MADRID

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas, Bicycletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS

y VENTAS

LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinares.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. —Teléfono M 4.205.—MADRID

Escopetas. Artículos para caza y viaje. Objetos para regalos. Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. —MADRID

Zaleros: Zutor 1, y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - 3

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

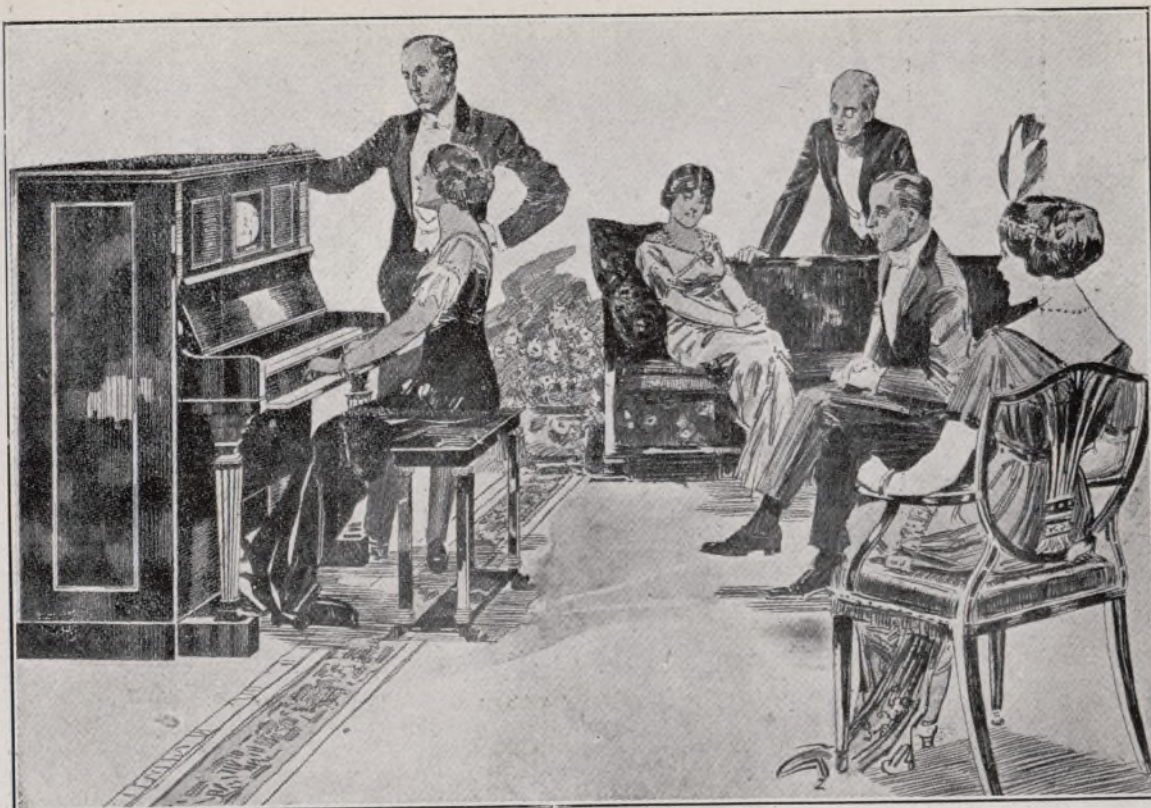
CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar



El “Pianola-Piano”

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de todos

LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL “PIANOLA-PIANO”

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas
INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES
y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

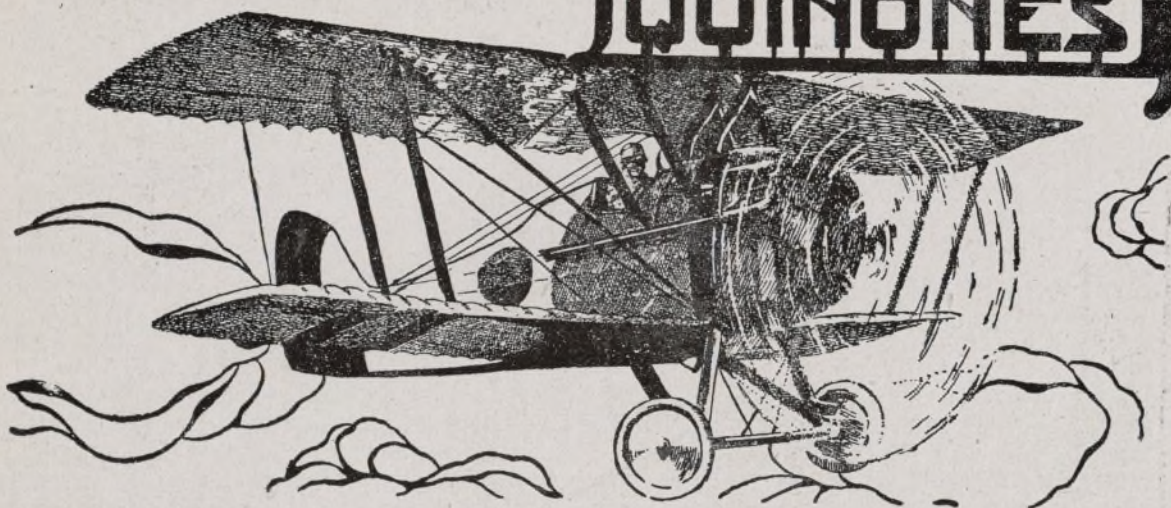
THE ÆOLIAN COMPANY
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

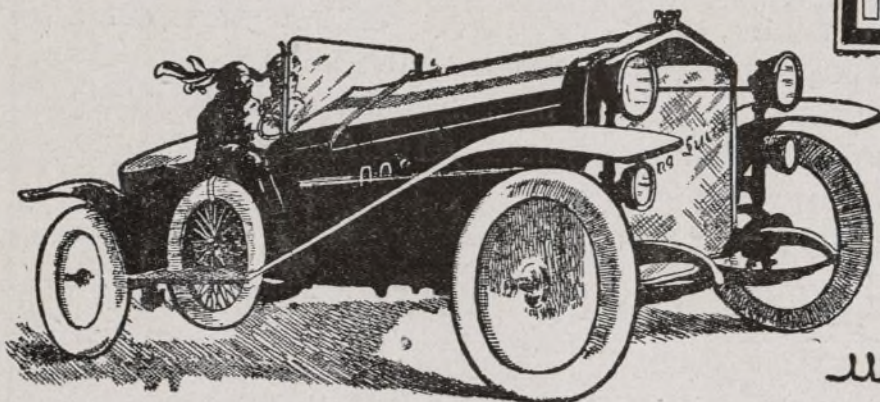
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA :

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Accites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Uslay



(DIALOGOS MILITARES)
CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Querido Juanico: ya veo por los papeles qu'ahí sobra gente y los vais mandando p'acá licencias: no está mal eso, porque, u yo no entiendo ya de esas cosas o eso quíe icir que va bien lo que tenemos qu'hacer: a ver si aprovechais el verano y poemas dormir tranquilos una temporá, pues, entre que no decís na y que no sabemos lo que sus pasa, siempre está uno de mala templaúra.

Eso de venir licencias ¿será por esas familias que icen los periodicos que sus presentan, pa sometese? sí que debe ser ¡claro! si vamos teniendo amigos, pos, no hacen falta enemigos y... aquí de lo que suele icir el sacristan, cuando vé algo que no sabe comprender; será una cosa u otra ¿no?

No creas tu que por aquí pasa tampoco mucho: agora, por los madriles no piensan mas que en las fiestas que va a haber por que los reyes de una tierra que llaman Talia, vienen a ver la nuestra: con eso y con tres u cuatro crímenes qu'hay, cá dos u tres días, una vez en un puesto y otra en otro, ya has leío tóo lo que ponen los periodicos: ice el secretario que los tiempos están mu sosos y mu aburríos ¿le pasará lo que al lobo aquel que cuando tenía ovejicas que comese, no se divertía?

Aquellos unioneros de que te hablé ¿lo ricuerdas? s'ajuntan y hablan la mar y paece, sigun dice el veterinario, que en cuanto qu'haiga elecciones, van a ir al copo, que es una cosa asina como si echas un órdago y luego, lo pierdes u lo ganas, que too pué pasar: el señor Cura y el maestro, el día menos pensao, tieen crímen d'esos que se gastan agora; paece como si ellos tuvián que gobernar, por las cosas que se icen, algunas veces con la mano puesta en una botella o en un vaso, como si se la fuan a enviar sin echala en el correo.

A ver si ricuerdo lo que icen, por que te reirás: tie mucha gracia: ice el mosen, que los liberalucos, no tien razon pa quejase de que no les dejen hacer na: es como si tu, te quejaras de que no te dejasen andar, estando sentao; ¡si no hacen ustés ná!—le grita mú incomodao—no saben ustés hacer otra cosa que icir que está mal lo qu'hacemos los demás: hay que bajar del carro y llevar al burro, pa icir si el otro lo llevaba bien u mal.

—Pero ¿es que nos dejan ustés bajar del carro?—grita el maestro?—no se yo—ice el cura mú melosico—que nadie l'obligu a V. a ir arriba: que le gustan mas que lo lleven y no hay mas...

—No señor—alborota D. Andrés—eso son cobas que

dan ustés a los tontos: tenerle a uno en un campo cercao y cuando quíe salir, icile que por otro lao saldría mejor, iciendoselo siempre que se mueve, es como si le dijeran que d'allí no tié que salir; pero, no tenga V. cuidao—grita dando con el puño en la mesa—que tóo lo qu'hay en este mundo y en el otro, s'acabará alguna vez y cuanti mas amarrao se tié al macho, mas daño hará cuando puá triscar...

El mosen, cuando oye esto, se pone como si esperase a alguno que le quíe pegar y con cara de malicia termina la custión iciendo —¡si son ustés mú terribles!... en cuanto puán hacer algo... como si hubian ustés tenío agallas alguna vez p'hacer náa...

¿Quién crees tu que tié razon?... a mí, a ratos me paece que el uno y a ratos me paece que el otro: los que se icen liberales, están mu desacreditaos: son como aquellos que se les va toa la fuerza en charrar: los del otro lao, acaparan, no se pué negar, pero, si vais unos cuantos amigos de merienda a una viña y dos u tres, no comen, tendreis que comer las uvas, y lo qu'haiga, los demás ¿que pa vosotros será el tozoran? si lo hay, no cabe duda, pero, ¿y si no lo hay? los otros no comieron y tu sí; no sé si me comprenderás esto que t'estoy iciendo y no lo sé, porque, no creas tu que yo lo entiendo, así, mú bien...

No me gusta a mí mucho eso de que casi tóos los unioneros sean del campo: estoy tan escamao, que tengo miedo de que, cuando estén en el silloncico, lo arreglen tóo poniendo mas caro el vino y el pan; aquí, ya se sabe, el que tié un campo, si hay poca agua pa regar, manque el vecino no riegue: mas mejor sería que nos metieramos tóos y poner cá uno una miajica: ¿que crees tu, que muchas migicas de pan, no puéen abultar tanto como una horná?

Asín piensa el señor Cura cuando ice que puesto que va a haber elecciones, el que mas chufle, capador; quien mas amigos le voten, ese será y si sacamos a los malos u dejamos que los otros los saquen; pos mira, el que se conforma con un candil, si se escacharra los ojos por que no vé, a naide se lo pué contar: ¿ice V. que los liberales son mas?... a velo, que voten y el que salga, saldrá y los que no, a casa u a callar y ya está arreglao ¡ea! que no es d'hombres alparcear y estar siempre iciendo —iré u no iré— sino icir —¡ya he venío!

De toas maneras, no está mal que unos se muevan, no: asín, los otros por mú estolozaos que sean, acabarán por moverse y yo he leío en algun puesto que los que se mueven, es por que no están muertos: mas mejor vivir ¡rediez! y vivir a gusto y no siempre pensando si te harán ú no una charranada: el gusto

que me dá oile al mosen eso de que tóos semos hermanos y debemos querenos... ¿que tié que ver, que cuando menos se piensa le suelte una manguzá al monaguillo por que se bebe el vinico de la misa?... algo tié qu'hacer; si el otro no hiciera... es que semos... que no semos güenos ¡vaya!

Paece que se va arreglando la sarracina qu'habían armao las mujeres con eso de tener que icir en un papel los años que tienen: el alcalde, sin haceles caso, las ha apuntao a todas y las ha icfo que votarán por que lo manda el, manque esten aun en cría de amá ú biberon: no seas malicioso, que no les ha dicho ná de a quien han de votar ¿pa que se lo va a icir con tanto tiempo? ¡eres mas mal pensao!

¿Sabes que por aquí no quié hacer calor? el sol callienta, si señor, con toas las de la ley, pero por la noche y algunos ratos a la sombra, si no es cierzo lo que corre, se le paece mucho: de fruta, tenemos mucha, pero l'han ponfo mas cara los que la venden: como ice la maestra ¿que se coge poco en el campo? como no pués comprar lo que quieras, en lo que compras lo tiés que pagar too ¿que se coge mas? el que mucho compra, mucho paga: asín no hay que cavilar y es siempre igual.

Güeno; si no te paecen bastante las noticias que te doy, pacencia; no hay mas: como tóo lo tomas con malicia, no te pueo icir *res*: ¿no ves qu'aluego crearían las gentes que yo he icido lo que no había querfo icir? no, maño, no; a mí, no me comprometes tu ¡tendría gracia! aguanta y guarda la cocota, que lo ice tu amigo — Pedro.

Querido amigo Pedro: casi, por un poquico, no puedo escribite ¡redíela! lo que tenemos qu'hacer: toos los días, pa un puesto o pa otro, tenemos salidica, por que estos condenaos de mojametes, no sé que s'habían crefo: por toas partes han puesto trincheras y cosas pa que si pasamos no lleguemos al otro lao: a mi me da mucha risa lo qu'hacen: mi ricuerdan a esos chuchos que ladran a los perros grandes cuando están güeltos de espaldas.

Viene un día y van, y te icen los que volan que allá arriba, se ven muchas chilabas y que están trabajando la tierra y como agora no hay tempero pa sembrar, pos, nos escamamos y a ver que es lo que hay: en cuanto nos arrimamos, se van y allí se quea tóo tirao ¡trabajo que dé mas lástima!

Mía tu si no sería mejor, en puesto d'hacer eso, que está mú feo, que se estuviesen quietecicos en sus casas, o en el campo, cavándole, como Dios manda, pa coger lo que la tierra pué dar, pues, también dá pena, ver que pa sacar unos almudes de grano, necesitan la mar de tierra: mas mejor les sería, aprender eso que no a matar hombres, sin sacar ná de provecho.

Creo yo y pué que no sepa lo que me digo, que si les enseñáramos a cuidar el campo y sembralo y... pero, ¡reconcho! si no mus dejan estar allí ¿como van a aprender? ¿por teléfono? paece mentira que tarden

tanto en comprendelo y eso, que ya van teniendo aonde velo, pues algunos que si hicieron amigos nuestros, tienen unas fincas mú majas y están asustaos por lo mucho qu'ahora cogen y lo poquico qu'antes cogían.

Pero, tan y mientras que no se les quite la tozudez de que semos perros infieles y de que no hemos d'andar por aquí, no podrá hacerse náa güeno: icen algunos que tóo es por que ellos le tién mucha ley a su Dios, pero, eso son bulos ¿es que nosotros no se la tenemos al nuestro? ¿no es tanto como el suyo? pos entonces ¿a que presumir y de que? pa trabajar dos en un mismo sembrao ¿que tié que ver qu'a uno le gusten las morenas y a otro las rubias? total, mujer.

Ya sé lo que vas a icime: que pa que te cuento too esto a tu y que vaya y se lo cuente a ellos ¡otra que Dios! si m'ascucharan, tenlo fijo que se lo diría mismamente: a mas, te lo igo a tu, porque es a quien estoy escribiendo ¿o es que voy a escribite a ti y a iceselo a otros? no se yo hacer esas filas de granas y si toos fuán como yo...

Güeno; por aquí, como siempre: unos días tenemos cierzo d'un lao y otros d'otro y otros de ninguno: parejo que las hormigas, vamos iciendo almacenes por estos montes y dejando unos cuantos guardianes, que a luego van siendo mas y sin que los chilabaos s'enteren, mus vamos colocando aonde conviene, pa que si se nos antoja dar un paseo mú largo, no mus estorben abejorros ni lechuzas.

L'otro día, fui a llevar agua a un puesto y m'enseñaron Anual ¡si está tan cerquica! mía que si aun hay allí algunos de los nuestros por enterrar... a ver si nos llegamos un día, d'un par de zancás: no creas tu que tardaremos mucho, no, que aquí, aonde estamos ahora, hace mucha calor y hay-que-dir donde haga una miajica de cierzo.

Digo yo que será por eso, que los aroplanos se van mú lejos tóos los días y van cargaos de bombas y aluego, cuando vienen, no traen denguna: las dejarán pa qu'aprenda el *siñoret* de la crin, que ice el furriel; pero, me paece a mí que ese, es de los que no ven la pared que tié delante hasta que s'escacharran las narices en ella: pué que tarde poco en vela.

Si vías que majos son los aroplanos que vinión la última vez: ¡dá gusto velos volar! van de siete en siete, creo que le icen escuadrilla y volan en punta como los vencejos y a lo mejor s'alinean y bajan y enseguida se van mú altos: entonces, es cuando me paecen a mí mas bonicos ¡mía qu'un hombre volar como los pájaros! porque, no li des güeltas maño: si los pajaricos no aprenden a andar como musotros y musotros volamos como ellos, pos es que sabemos mas ¿verdad? perdona maño, que ice el furriel, mú incomodao, que se lleva las cartas ya y no quió quedame con esta, no la coja algun mojamete y le sepa mal lo que digo: chócala y hasta dimpués tu amigo — Juan.

Por la transcripción: F. DE ALTOLAGUIRRE

LOS BANDIDOS

POR ROBERTO MOLINA

I

A las doce de la noche, Natalia despertó con sobresalto. Desde la alcoba oíanse fuertes aldabonazos, martillando la puerta de la calle. Su marido, cansado del trajín diario, dormía profundamente.

—¿Has oído?—dijo Natalia, con temor, despertándose.

Agustín se incorporó, soñoliento.

—¿Quién será a estas horas?

—¡No abras, Agustín!—dijo la esposa, asustada—. ¡No abras!... ¿Y si fuese Bastianillo?

—¡Vamos, mujer!—replicó el marido con un gesto de incredulidad.

—¡Quién sabe! No olvides que Bastianillo y Merlo andan por estas cercanías... Hace cuatro noches llamaron en casa de don Luis.

En esto, ya Agustín salía al portal y preguntó en voz alta:

—¿Quién es?

—¡Amo Agustín, abra usted, abra usted!—dijo una voz.

—¡Calla! Si es Ezequiel, el mozo—murmuró Agustín franqueando la entrada.

Era a principios del invierno y hacía una noche horrible de viento y lluvia. Ezequiel, al entrar, se quitó la manta, empapada en agua. Luego restregó las abarcas contra el empedrado piso de aquel amplio portal de casa de labor. Natalia, a medio vestir, salía con un candil en la mano.

—¡Malas nuevas, amo Agustín!—dijo Ezequiel—. Pero no se asuste usted, ¡caramba!...

—¿Qué? ¿Qué sucede, Ezequiel?... ¿Hay alguien malo?...

—Tal cual... A eso vengo. El amo Manuel, que desde que anochece está con un dolor...

—¡Jesús!—exclamó Natalia abrazando a su marido.

Agustín, trémulo, preguntó con ansiedad:

—Pero ¿es que se ha muerto? Dime la verdad, Ezequiel. ¿Se ha muerto mi padre?

—Que le digo a usted que no, amo Agustín. Sino que el ama ha preguntado al médico si era menester llamar a los hijos, y el médico, claro está, ha dicho que bueno. Yo, ya sabe usted: lo que me mandan digo. He venido por la vereda de los pinos, que es el atajo. Si apareja la mula, en una hora se planta usted allá. Ahora, desde aquí voy a Melgarejo, pa decírselo al amo Quintín.

—¿Y por qué no avisaron antes?—preguntó Natalia.

—Porque tos creíamos que era cosa de cólico.

Agustín estaba ya en la cuadra aparejando la mula.

Ezequiel lióse otra vez la manta, dispuesto a marchar. Natalia, atribulada, dijo:

—¡Y con la noche que hace!... ¿No has tenido novedad en el camino?... ¿Se dice algo de Bastianillo y Merlo?

—¡Ca!... ¡No, señora!—respondió Ezequiel—. ¡Dios sabe cuántas leguas habrán corrió ya! La guardia civil no da con ellos. Dicen que han pasao la raya de Portugal.

Después, bajando la voz, Natalia preguntó confidencialmente:

—¡Y qué! Se ha muerto, verdad?

—Cuando yo salí de Portilla, no, señora. Estaba mu malo, eso sí. ¡Pobre amo Manuel!

Agustín, desde la cuadra, gritó:

—¡Natalia, prepárame el capote!

Luego añadió, saliendo:

—Iré por el atajo. Me da el corazón que se ha muerto. Anda, Ezequiel; véte a escape a Melgarejo. ¡Válgame Dios!...

Partió el mozo, volvió Natalia con el capote, y Agustín dijo a su mujer:

—Tú, acuéstate. Mañana mandaré razón. Si tenemos desgracia, te vas en la borrica con la Juana.

—¡Cómo estarán esos caminos! Estoy intranquila por lo de tu padre y por si toparas con esos...



—¡Bah, tonta! Bastianillo es amigo. No te preocupes...

II

¡Triste celebridad la de Bastianillo y Merlo! Refugiados en la abrupta montaña que tocaba los límites de Melgarejo, Salitreño y Portilla, sabían burlar la persecución de la fuerza pública, que luchaba sin éxito, a pesar del enorme derroche de actividad. Hijos de la comarca en donde tenían su cuartel general de operaciones, eran de todos conocidos. No alcanzaron éstos la nombradía de otros bandidos célebres que la sugestión popular elevó a la categoría de héroes. Quizá algunos sintiesen cierta secreta simpatía por Bastianillo, atendida su juventud, sus irreprochables antecedentes y el suponersele hechizado y dominado por Merlo. Este era un hombre de cuarenta años, de borrascosa historia, odioso por la refinada perversidad de sus crímenes y temido por su audacia. Era fuerte y ágil, de innoble postura, grosero, profundamente antipático. Bastianillo tenía veintitrés años.

Los dos eran parricidas y ladrones. La voz popular decía que Merlo, después de asesinar a su padre, indujo a su camarada Bastianillo a cometer el mismo crimen con el autor de sus días. La mala vida de ambos, que debía acabar en la horca, comenzó en el juego. El padre de Bastianillo tenía fama de rico y de avaro. Merlo le azuzaba constantemente.

—Tú no eres hombre ni na. ¡Con las onzas que tu padre tiene escondidas en un agujero de la cuadra, te podía toser a ti nadie!... ¡Qué primo eres!

III

Sin apoyo de cortijeros ni pastores, acorralados por la Guardia civil, la situación de los bandidos era desesperada. Aquella noche Bastianillo dijo a Merlo:

—Esto se tiene que acabar. Nos van a cazar como

a conejos si antes no nos morimos de hambre. He pensao una cosa.

—Habla—contestó Merlo sombrío.

—Si hacemos cara los dos, nos matan. Si aceptas lo que propongo, puede salvarse uno. Echamos suertes, y al que le toque morir, se va por la parte de Portilla y la emprende a tiros. Los guardias se concentrarán por aquel lugar, y, en tanto, el otro pica soleta por el lao contrario, hacia la frontera.

—¿Quieres tú hacer cara?—dijo Merlo sonriendo irónico.

—Echemos suertes—replicó el joven.

—Bueno.

Bastianillo arrancó un trozo de corteza de pino. Después, tranquilamente, con su faca cortó dos astillas desiguales.

—Saca una.

—¿Va de veras?—dijo Merlo con emoción—. ¡A ver!... ¿No tienes más que dos?

Bastianillo, como si una víbora le hubiera picado, dió un salto apretando el puño:

—¿Es que dudas de mí, ladrón?... ¡Míralas!... ¡Maldita sea la hora en que te conocí!

—Poco a poco. No nos vayamos a matar ahora nosotros. Es cosa seria—contestó Merlo agarrando la carabina—. Cierra el puño, que voy a sacar. ¡Venga!

Estaban en el monte, refugiados bajo un techo de ramas en una choza de piedra. Había cesado la lluvia y el viento zumbaba entre los pinos. En aquel momento de suprema emoción, Bastianillo encendió luz y dijo:

—¡Salvado!... Tienes la más corta.

—¡Calla!—rugió Merlo dando un soplo a la cerilla—. No seas imprudente.

—¿Cumplirás lo convenido?

—Cállate, criatura—insistió su compañero poniéndole sobre el hombro la pesada y callosa manaza—.



¿Me quieres engañar como a un chico?—... Seamos amigos, que es lo que te conviene.

—¡Cobarde!—rugió entonces Bastianillo saliendo de la choza—. ¡Ven aquí, cobarde!...

Pero al punto, apoyados sobre su pecho, le rozaron los cañones de la escopeta de Merlo.

—Me vas a obligar a que te asesine, chiquillo—le dijo con voz ronca.

Los dos bandidos quedaron silenciosos. Sus pupilas fosforescían en la oscuridad como ojos de alimaña. La propia situación desesperada animaba más aquel rencor mutuo de ladrones. En silencio, a corta distancia uno de otro, apercebidas las armas de ataque, se acechaban. Iba cesando el viento, hasta quedar poco a poco en calma el monte, sin otro ruido que el propio rumor nocturno de los bosques. Y como les pareciese oír el trote de una caballería, ambos salieron a la vereda.

—¡Alto!—gritaron, echándose a la cara las escopetas.

Agustín, temblando, refrenó su cabalgadura.

—¡Virgen Santísima! ¡Ellos son!—dijo, castañeteándole los dientes.

Los bandidos se acercaron.

—Apéate.

—¡Por Dios!—gimió Agustín—. ¿Qué queréis de mí? ¿No me conoces, Bastianillo?

—¡Anda, si es Agustín!... ¿Ande vas a estas horas?

—A Portilla. Me han avisao de que mi padre se está muriendo.

—¡Tu padre!—exclamó Bastianillo con sorpresa.

—Bueno; tú te vienes ahora con nosotros—dijo Merlo.

—¿Qué vais a hacer conmigo? No llevo na encima. Dejadme que vea a mi padre, y yo traeré mañana aquí mismo lo que me pidáis.

—No estamos pa bromas—contestó Merlo con formalidad—. ¡Tardaría en saberse!... Bastián, átale las manos.

Agustín gemía, jurando no delatarles. Que se quedaran con la mula y que le dejaran en cueros, si querían; pero ¡su padre!, quería verlo por última vez.

—Acuérdate, Bastianillo, Tú le conoces. Era muy amigo del tuyo, que en paz descanse... ¡Bastianillo, tú no eres malo!... ¡Acuérdate!...

Merlo, muy en serio, comenzó a impacientarse. El bandido joven dijo a su compañero con energía:

—Agustín es amigo y cumplirá. Vamos a dejarlo que vea a su padre. Mañana a estas horas estará aquí con dos caballerías, municiones, dinero y avíos de comer.

Merlo protestó; pero entonces el joven ladrón le puso los cañones de su pistola en la frente.

—Ahora te lo digo yo: si chistas, te mato. Anda

con Dios, Agustín. Tu padre y el mío eran amigos... Anda con Dios...

IV

Media hora más tarde, Agustín llegaba a Portilla. El pobre viejo había muerto. La casa estaba llena de gente: mujeres llorando y hombres silenciosos, con la cabeza caída sobre el pecho, que decían sentenciosamente:

—¡Pobre hombre!... ¡No somos nada!

Agustín calló el encuentro con los bandidos. Arrodillóse junto al muerto y rezó un Padrenuestro.

Pasaban las horas, lentas y tristes, de la madrugada. Los hombres hablaban del tiempo y de las cosechas, velando el cadáver. De pronto, uno de ellos entró en el velatorio y dijo:

—¿Has venío por el atajo, Agustín?

—Sí.

—¿No has tenío novedá?

—Ninguna, tío Tonio.

—Es que dicen que se han oído tiros por el lao del pinar. Serán esos...

Agustín tuvo un presentimiento. Luego, disimuladamente, abandonó la estancia y bajó a las cuadras, abriendo las anchas puertas, que daban a una calleja estrecha. Bastianillo estaba allí.

—No sabía cómo llamarte—dijo el ladrón acercándose.

—Me ha dao el corazón que estabas... Píde lo que quieras.

—Escóndeme en la cuadra.

—Ven.

Cerrada la puerta, el criminal dijo:

—Acabo de matar a Merlo. Nos odiábamos hace tiempo. Era un mal ladrón... Cuando me has mentao a mi padre, he pensao en hacer lo que he hecho. Merlo fué quien me hizo malo. Yo..., no es que sea un santo; pero..., vamos..., que me has dicho que mi padre y el tuyo eran amigos, como es verdad, y entonces, después de un año, cuando me parecía mentira lo que había hecho, se me ha presentao tal como pasó... Merlo tuvo la culpa. ¿No he hecho bien?

—Sí—dijo Agustín en voz baja—. Píde lo que quieras.

—Tengo que escapar antes que amanezca. Dame un caballo y unas alforjas con avíos. Dame también otra ropa.

Agustín satisfizo en seguida los deseos de Bastianillo y le dejó partir.

Al poco rato, reunido con los del velatorio, díjole uno de los hombres:

—¿Habéis oído? Ahora mismo partía un caballo al galope por la trocha del barrancal. ¿No habéis oído?

—No sé—murmuró uno, soñoliento.

—Yo—dijo Agustín—vengo de la cuadra y no he oído nada. Serán figuraciones tuyas.



UN DESEMBARCO DE PIRATAS FRANCESES



Como yo tuviese intento despues que salí de España de ir a la Nueva-España, por razon de la cobranza que para allá llevaba, y Dios Nuestro Señor tuviese otra cosa determinada, que era servirse de mí en este reyno de Tierra-firme para remediar y dar orden en la grande carnicería y mortandad de hombres que en él habia, facilmente dió orden como se cumpliese su voluntad y mi disinio y intento no tuviese efecto, como quien lo puede tan bien hacer, y fué que me detuvieron ocho años en Santo Domingo sin poder salir por causa del Presidente Herrera (1) que nunca lo consintió, y en el entretanto llevaron el dinero que

yo habia de cobrar a España, con lo demas de difuntos que en aquel reyno habia. De lo cual como yo tuviese nueva cierta, luego determiné de dejar aquel viaje y venir en demanda de mi Presidente, que me estaba esperando en Panamá a donde lo habian mandado, y me inviaba a llamar con mucha instancia.

Determinado pues de salirme y dejar la tierra, lo primero que hice fué, mandar dar un pregon general en las quatro calles y toda la ciudad, para que si alguien tuviese que pedirme pudiese hacer y no inorar mi partida; y aunque toda la ciudad lo sintió mucho, por lo que tocaba a la salud comun, todos al fin o la mayor parte me hicieron mucha merced y me proveyeron de matalotaje y regalos en grande abundancia, y la Audiencia, a pedimento de mi

amigo el fiscal Riego, me dió una licencia muy bastante y honrada, en que mandaba que por mi dinero me diesen todo lo necesario para mi despacho y viaje.

Hecha pues la diligencia del pregon y habida la licencia, luego el licenciado Lorenzo Bernardez, que estaba de partida para este reyno, y yo, fletamos un navío al traves, porque no cargase de mas gente de la que quisiésemos, por venir más holgados y a nues-

tro placer, y nos embarcamos con buen tiempo y viaje, con el cual llegamos al puerto de la Hacha, a donde el tesorero y mariscal Castellanos (1) nos hizo todo el recibimiento y hospedaje que en aquella tierra se sufría.

Estuvimos alli algunos dias, hasta aderezar el más til mayor del navio, que se nos habia quebrado, y aderezado que fué, nos partimos, haciendole presente al mariscal de un coche muy bueno, que el Bernardez habia traído de España, que le habia, segun él dijo, costado en la Corte 500 ducados, y yo le curé ciertos enfermos de su casa y le dejé una receta y cura para

ciertas indisposiciones ocultas, que tenia, por lo cual me dió a la partida 150 pesos en perlas, y al licenciado Bernardez, que tenia ojo a mas de dos mil en redondo, lo dejó burlado, sin darle cosa alguna, cosa bien merecida, como dice Quinto Curcio, del que dá y hace presentes con intencion de recibir la paga doblada.

Salidos que fuimos de el Río de la Hacha, llegamos brevemente a Santa Marta, a donde nos desembarcamos y tomamos tierra, por saber si estaba la costa segura y limpia de corsarios, que en aquel tiempo eran aquí muy ordinarios. Fueronnos a recibir al navio, que ya tenían noticia que veníamos, los oficiales del rey con los alcaldes y la demas poca gente que en aquel pueblo habia, y el capitan Ballesteros nos llevó a su casa, y nos dió muy bien de comer,

enviando al navio mucha comida y regalo para las mugeres y toda la gente que habia quedado en él, que por ser medio dia y no estar vestidas, no quisieron salir y nosotros fuimos solos con ellos diciendole, que en siendo tarde, que no habria tanto sol, volveriamos por nuestras mugeres y hijos que allí quedaban.

Estando pues comiendo con el capitan Ballesteros y los demas que nos fueron a desembarcar, es aquí al medio de la comida donde toca la campana que



(1) Lic. Alonso Arias de Herrera, Presidente de la Audiencia de Santo Domingo y trasladado desde allí a la de Panamá.

(1) Miguel de Castellanos, uno de los hombres más ricos y poderosos de las Indias en aquel tiempo.

estaba en el Morro dando señal y aviso que venían enemigos. Dejamos la comida y la chacota, y cogiendo nuestras armas, fuimos corriendo al puerto a ver lo que era, y lo mismo hizo toda la gente del pueblo sin quedar muchacho, muger ni indio que no acudiese. Puestos que fuimos en el puerto, en un altílo a donde estaba un tiro de hierro mal aparejado, vimos salir una escuadra de setenta franceses, que salían del río a donde desembarcaron, todos ellos con coseletes y celadas, que venían puestos en orden subiendo por la playa, que con el recio sol y la blanca armadura, relucían que nos deslumbraban, y traían por la mar a mano izquierda y a lo largo de la playa dos grandes lanchas con flecheros, que les venían haciendo escolta al paso de escuadron, por si les fuese necesario embarcarse y acogerse a ellas, y no lo siendo, que pasasen a coger los barcos y navios que estaban surtos en el puerto.

Estando en estos terminos la cosa, y mi compañero Bernardez atónito, que no hablaba palabra, dije al capitán Ballesteros:—¿Que orden se tiene aquí para estos enemigos, o que es lo que Vm. manda que hagamos? Porque si los dejamos llegar, todos somos perdidos.—El orden que aquí, señor, tenemos es juntarnos, como ahora estamos, hombres, niños y mugeres, para hacer balumen (sic) y mostrar que somos muchos, y disparamos este tiro dos y tres veces, y si con esto vuelven atrás, quedamos libres y con vitoria, y si acaso porfían a pasar, nosotros ponemos haldas en cinta y nos acogemos al monte.—¿Y los navios?—Esos no tienen remedio, que entrando ellos en el pueblo, nos toman las lanchas y los roban o los llevan con todo lo que dentro hallan.—¿Pues por qué no disparan el tiro? Porque ya me parece que es tiempo.—Porque no hay pólvora ni aparejo.—Desa manera, dije yo, bien podemos ir a Francia por los hijos y mugeres.—También los daran acá si se los rescatan.—¿Pues si salimos en cuerpo y todos los negros y hacienda está allá, con qué los habíamos de rescatar?

Estando nosotros en estas pláticas ellos se venían llegando con muchas banderas, pifanos y armonía, y como no hubiese mas remedio del que dicho habíamos, dije al capitán Castro, que estaba allí, con 24 indios flecheros, que era todo el presidio de aquel pueblo.—Deme Vm. esos indios que yo me quiero entrar con ellos por este manglar y arresgarme a cobrar mi muger y hijos, y si no, quiero ir a donde ellos fueren.—Diome los indios y tomando el chifle al contramaestre de nuestro navio, me lo eché al cuello y les di orden de que entrasen todos a gatas, por no ser vistos de los enemigos, porque era el manglar bajo, que no pasaba de la cinta, y que no se menearan ni tirasen hasta que oyesen el chifle, mas que en tocando, disparasen todos a las piernas o cara, si la viesan descubierta, y en ninguna manera al cuerpo que lo traían todos armado. No se pudo hacer esto tan al punto que no me viesen a mi los enemigos, por que cedía a los indios, y aunque entraba

encorvado todo lo posible, no me cobrian los mangles, y esto que se tuvo por descuido y poco recato fué el medio y instrumento mediante el cual Dios nos libró y dió la vitoria; porque emparejando a donde me habia visto entrar en el monte, hizo alto el capitán, y alzando la visera, volvió el rostro al manglar, por ver lo que era, y no lo hubo bien vuelto, cuando, dando seña a los indios le acertó a dar uno de ellos en un ojo, que le hincó un palmo de flecha envenenada del mas presto y cruel veneno que tiene el mundo, con que cayó luego y no tardó en morir media hora, y juntamente con él flecharon al-



gunos de los otros en las piernas, y como no viesan quien les tiraba y viesan el capitán caído entendieron que eran algunos dos mil indios, y volvieron las espaldas con tanta priesa, que al entrar en las lanchas cayeron los más dellos heridos, y allí acabaron sus días, porque salimos del monte corriendo tras dellos, y picandolos en las espaldas y apellidando «Santiago», no les dimos lugar para embarcar los heridos, y así nos volvimos vitoriosos a despojar al capitán, aunque a mí no me dieron lugar dos saetas que traía hincadas, una en la rodilla izquierda, que me dejó manco de aquella pierna, y la otra en la frente, que no pasó la segunda lámina del casco, que como iba delante de los indios, toparon luego conmigo las primeras que desde las lanchas nos tiraron, que al fin nunca un peligro se vence sin otro.

Hice a dos indios que me llevaran en brazos en la sillita de la reina, que dicen, y así herido pasé de largo, y los indios quedaron despojando al capitán, que ya estaba muerto, y llevando los tres que estaban heridos, dellos el uno que lo estaba por la barriga y junto a la ingle, murió luego, y los otros dos aquella misma noche, habiéndoles primero la justicia hecho muchas preguntas. Y desta manera tuvo fin aquel suceso y trance tan peligroso, del cual me libró Dios a mí y a toda mi casa, para que tuviese efecto el ministerio y servicio suyo, para el cual me guardaba y me había traído desde Castilla la Vieja por pasos ocultos y que fueron para mí mucho tiempo ignotos y no entendidos, hasta en tanto que con el largo tiempo y experiencia vine a caer en la cuenta como hacen los de Frisia.

Estuve curando algunos días en Santa Marta y curé de camino al capitán Ballesteros de una grave y antigua opilación del hígado... Y acabado que fui de curar y habiendo curado a mi huésped, que me

regaló mucho y hizo buen acogimiento, me vine a esta ciudad de Cartagena y truje un caballo castaño que el capitán me dió en que anduve hasta que se me murió de cierta hierba venenosa que comió (Yerba cortadera) que la cortan los negros herbateros a vueltas de la buena, que no la conocen, y en comiéndola el animal acaba su vida en veinticuatro horas, y a veces menos. Es esta hierba de cuatro o cinco palmos; tiene el tallo cuadrado y las hojas mas anchas que la calaminta, a quien semeja mucho; y mata dando terribles accidentes al animal que la come, tanto que lo hace, estando quedo, sudar a chorros.

He cumplido mi deseo de servir a usted y le ruego me dispense que todo no sea de propia cosecha, por bien de nuestros lectores, como he dicho, y por la premura con que me pide el trabajo.

Siempre en espera de sus órdenes su antiguo subordinado y constante amigo, q. b. s. m.,

ADOLFO HERRERA.

COSAS Y CASOS

Una joven muy aficionada a los militares cayó enferma, y una amiga que vivía con ella mandó llamar a un médico.

El doctor, después de observarla, dijo a la amiga:

—No es nada: dentro de dos días saldrá a la calle; pero es menester que siga un buen régimen.

—Más fácil—añadió la amiga—le sería seguir un regimiento.

Un caballero llega a una posada de Andalucía, y, deseando descansar, manda que inmediatamente le hagan la cena.

En tanto, pide un vaso de agua.

Se lo sirve el patrón, que era un andaluz muy jaque, con su pañuelo a la cabeza y su cigarro en la boca.

Al ir el caballero a beber el agua, notó que había en ella una mosca.

—Patrón—le dijo—: ¿no ve usted?

—¿Qué es ello?

—Una mosca en el vaso de agua. ¡Vaya una limpieza!

—¿Conque no está limpio?

—Véalo usted.

Entonces el patrón mete los dedos en el vaso, saca la mosca, y exclama muy ufano:

—¡Vamos! Diga usted ahora que no está limpio.

Un loco tenía la manía singular de no permitir que le hicieran la cama. En vano el médico y los enfermeros habían tratado de averiguar la causa de tal preocupación; siempre el mismo silencio de parte del loco, siempre también la misma negativa. Dos años hacía que nadie más que él había penetrado en su alcoba.

Un día recibió la visita de un antiguo amigo, a quien reconoció en seguida, y con el cual habló largamente y con la mayor cordura. Este, que ya estaba prevenido, se empeñó en dejarle acostado, para lo cual mandó que le hicieran la cama.

—No, eso no—gritó el loco fuera de sí.

—Pero ¿por qué?—dijo dulcemente el amigo.

El loco le estrechó conmovido entre sus brazos, y murmuró con temor a su oído:

—¡No la haga, y no la temas!

Un actor que llevaba seis meses en Madrid sin que ningún empresario se acordase de él para contratarlo, oyó hablar en el café del trabajo de Leotard en los tres trapecios.

—Lo que más me gusta—dijo uno—es el salto que da cuando pasa del trapecio grande al chico.

—No, señores; es más difícil cuando pasa del chico al grande...

—Yo he pasado más—añadió el actor—: he pasado seis meses sin contrata... ¡Que los pase Leotard!

La propagación del sonido y las zonas de silencio

Hace ya mucho tiempo ha sido comprobado que hacia el exterior de la zona en que tuvo lugar una fuerte explosión, se intercalan una o muchas zonas de silencio.

Se atribuía este fenómeno a los accidentes del terreno, pero a título de reserva, por tratarse de observadores inexpertos que estaban divididos muy irregularmente a grande distancia de la explosión. Pero durante la gran guerra la cuestión ha tenido otra y más grande importancia. Por una parte, los procedimientos imaginados para acertar, por el sonido, el emplazamiento de las baterías enemigas, necesitaron un estudio minucioso del modo de propagarse este agente físico; de otra, muchos sabios, en Holanda especialmente, han estudiado la manera caprichosa en que a menudo se oyeron, a una gran distancia, el ruido de los bombardeos.

Se busca hoy la explicación de este fenómeno, cuyo conocimiento tiene un real interés, desde varios puntos de vista. Se sabe que la consigna de «marchar al cañón» ofrece para los militares poca garantía; un jefe puede encontrarse en una zona de silencio relativamente cerca a la acción. Lo mismo en el mar, el sonido de la sirena, abstracción hecha de la influencia que ejerce la bruma, puede extenderse hasta una zona muy lejana, insospechada para los navegantes. Desde otro punto de vista, hay indicaciones útiles para el estudio de las ondas hertzianas, y ciertos fenómenos de acústica.

Se han publicado en estos últimos años muchas «cartas» muy aproximadas de las zonas de audición y de silencio observadas a causa de explosiones fortuitas o de erupciones volcánicas. Una de las más curiosas ha sido la explosión, en Vergiate, el 26 de noviembre de 1920, de 2.000 toneladas de nitrato de amoníaco. Esta explosión, que afectó a distancias de 360 kilómetros, no fué oída en muchas zonas situadas a poco más de 30 kilómetros. Se atribuyó esto a la influencia de los macizos



Raíles colocados para servir de soportes a los aparatos registradores. En primer lugar, se colocó un perro para la comprobación de los efectos fisiológicos. Los mismos raíles después de la explosión, que en un radio de 30 metros, fueron torcidos y rotos. Momento de ser colocados en los 64 barriles de melinita los hilos eléctricos para producir su explosión. Cráter de 6 metros de profundidad y 25 de anchura producido por la explosión.

montañosos que estaban intercalados en el perímetro de la audición.

El 28 de octubre de 1922 se hizo explotar en Holanda cinco toneladas de perclorato de

amoníaco. Se comprobó una primera zona de audición en distancias que variaban entre los 20 y los 70 kilómetros (hacia el Noroeste y hacia el Sudeste, respectivamente). Esta zona estuvo rodeada de otra de silencio, y detrás de ésta otra de audición, que variaba, según las direcciones, entre los 500 y 600 kilómetros.

Estas anomalías sorprenden más por haber probado algunas experiencias de Rayleigh la gran sensibilidad del oído humano. Percibimos ondas que corresponden a una diferencia de presión inferior a diez mil milésimas de milímetro. El sabio inglés sacó la conclusión de que la sirena de Trinity House, que vibra con una potencia de 60 caballos, debía ser oída desde Constantinopla si las ondas se propagaran sin desperdicio alguno. Este desperdicio de intensidad lo explica Houllevigue, y añade que la conflagración aérea producida por los cañones de artillería sería oída dando la vuelta a toda la tierra si no fuera por ese desperdicio, que explica así:

«Consideremos un «rayo sonoro» que parte al ras del suelo, en dirección horizontal. Teniendo en cuenta la curvatura de la tierra, este rayo llega a 120 metros de altura cuando hay la distancia de 100 kilómetros de su punto de partida; en realidad iría más alto, debido a las capas más frías, que le hacen refractar como un rayo luminoso, desviándose hacia la vertical. La onda sonora, dirigida, desde luego, siguiendo un rayo horizontal, se lanzará hacia el cielo. Ella cesa de ser perceptible en la superficie del suelo a una distancia que depende de ciertos elementos, tales como la dirección y velocidad del viento y la dirección del sol.»

Maurain, profesor de la Sorbone, director del Instituto de Física del Globo, ha resumido las diversas hipótesis emitidas *a priori* para explicar el fenómeno.

Supongamos una onda sonora afectando la forma de una lámina u hoja vertical que se desplaza horizontalmente a lo largo del suelo. Esta honda, en su nacimiento, se eleva más o menos, según la importancia de la explosión que la ha producido. Llegada a cierta altura, encuentra una atmósfera más fría y se desvía,

como ya se ha dicho antes. Los rayos sonoros que son perpendiculares a la onda se separan progresivamente del suelo, y, a cierta distancia de la explosión, el ruido de esta explosión, perceptible para un aviador o aeronauta, no será oído en la tierra. Tal es la primera fase del fenómeno.

Pero a medida que se eleva, las variaciones de temperatura vienen a ser menos rápidas. Algunos creen que, entre los 70 y 150 kilómetros de altura, la temperatura de la atmósfera varía de 20 a 30 grados por encima de cero, mientras que entre 10 y 20 kilómetros es de 50 ó 60 grados por debajo. Otros, en particular el profesor holandés Van der Borne, piensan que, por el contrario, la temperatura, más allá de 10 kilómetros, permanece casi invariable y nula la humedad. Se encuentran regiones de calma completa donde los diversos gases, no estando movidos ni lanzados por los vientos ni las lluvias, ocupan un sitio, donde permanecen siempre, siguiendo la escala de sus densidades.

A medida que se eleva uno—créese—ha de encontrarse una proporción considerable de hidrógeno. Por consecuencia, el rayo sonoro, después de haber caminado penosamente por una mezcla de ázoe y oxígeno, a la velocidad, próximamente, de 300 metros por segundo, llega a una atmósfera de hidrógeno mucho menos densa, por donde camina con la velocidad de 1.000 metros o más. Sufre una refracción inversa de la primera y se desvía, esta vez hacia el suelo.

Su itinerario se aproxima, desde su nacimiento, más o menos a la parábola, afectando el perfil de una bóveda. A partir de un cierto punto de su subida, los de la tierra cesan de oír el rayo sonoro; cuando, después de haber doblado la cumbre del espacio, desciende hacia el suelo, vuelve a ser perceptible. Comparando, sencillamente, la trayectoria de un rayo sonoro al de un proyectil se concibe la existencia de una zona de silencio más o menos larga entre el punto de partida y el punto de «caída». La hipótesis es seductora, y por eso para verificarla ha sido preparada la experiencia de la Cortina en Francia.

Las instrucciones dadas para reseñar el fenómeno por los profanos, que, repartidos en diferentes puntos, podían ayudar con sus observaciones a los sabios, fueron precisas y deducidas de la experiencia.

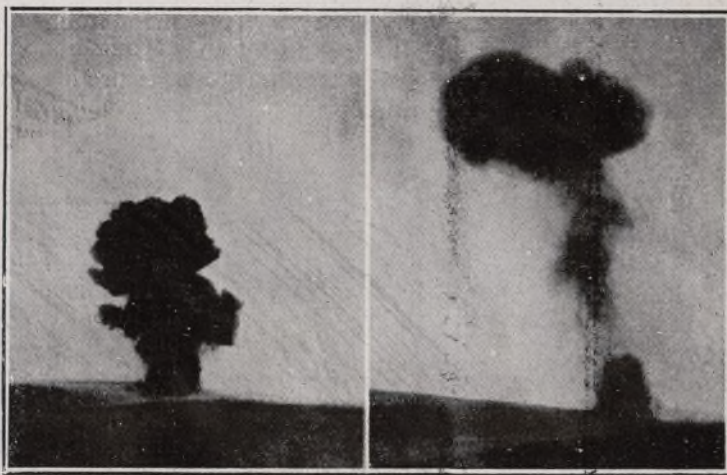
Se señalaban los puntos del territorio en que las explosiones serían oídas con un retardo de velocidad, teniendo en cuenta la situación orográfica de los lugares, como también las zonas probables de silencio.

Se indicaban instrucciones en cuanto a tomar la hora fija de la percepción sonora, y su intensidad, siguiendo las siguientes reglas: casi imperceptible — bastante perceptible — perceptible — bastante fuerte — fuerte e inquietante — espantosa — acompañada de golpeo violento de puertas y ventanas — fuerte impresión de temblor de tierra.

Por fin, el 19 de mayo último, a las nueve y media, se verificó en el campo de la Cortina (Creuse) la primera de las tres explosiones, pero no parece que ha dado los resultados que se habían *a priori* deducido. El anuncio de que se iba a hacer estallar una carga formidable de 10 toneladas de melinita había causado, por otra parte, inquietudes a muchos, que esperaban espantosos efectos. Además, las 64 toneladas de explosivo, colocadas al ras del suelo, en vez de haberlas puesto en una capa profunda, por lo menos de seis metros de espesor, no ha producido más que efectos muy atenuados. La detonación no fué oída mucho más fuerte que la de un cañonazo de 210 y los observadores colocados a 600 metros de la explosión no sintieron ninguna vibración del suelo y apenas «un soplo» ligero. Los instrumentos de física ins-

talados en los alrededores fueron muy poco impresionados, y los observadores, sabios o aficionados, que habían tomado sus disposiciones para oír el ruido de la explosión, no percibieron nada. De Inglaterra y Austria llegaron noticias de haberse oído la explosión, pero parece que no ha llegado a confirmarse oficialmente.

Para los privilegiados que fueron autorizados para asistir a esta primera experiencia,



Momento de la explosión y gases de la columna de humo producida

esta explosión de 10 toneladas de melinita fué un grandioso espectáculo. Además de la intensísima llamarada, una columna de humo — como pueden verse en las fotografías — de una negrura intensa se elevó hasta los 40 metros, disipándose bien pronto por encima de una nube de espesos vapores grises que se habían producido sobre el suelo, en un radio de 500 metros alrededor del punto de la explosión.

Los sabios franceses que han preparado estas experiencias no han de sacar conclusiones útiles hasta haber verificado las tres explosiones anunciadas. Oportunamente informaremos a nuestros lectores de estos resultados.



El Rey de Italia y el Regimiento de Saboya



Los Soberanos de España y de Italia con sus respectivas comitivas, presenciando desde los balcones del Palacio Real el desfile de los Alumnos de la Academia de Infantería.

Con motivo de la visita de SS. MM. los Reyes de Italia a España, el Rey Víctor Manuel revistó, en el paseo de Rosales, el Regimiento de Infantería de Línea n.º 6, del cual es coronel honorario.

Muy concurrido estuvo el mencionado paseo y el Rey de Italia, acompañado del de España, fué aclamado con entusiasmo.

El Regimiento de Saboya fué revistado y salu-

dado con una magnífica y sentida arenga pronunciada por el Rey Víctor Manuel. Después desfiló ante los soberanos, mereciendo felicitaciones por su admirable estado de instrucción.

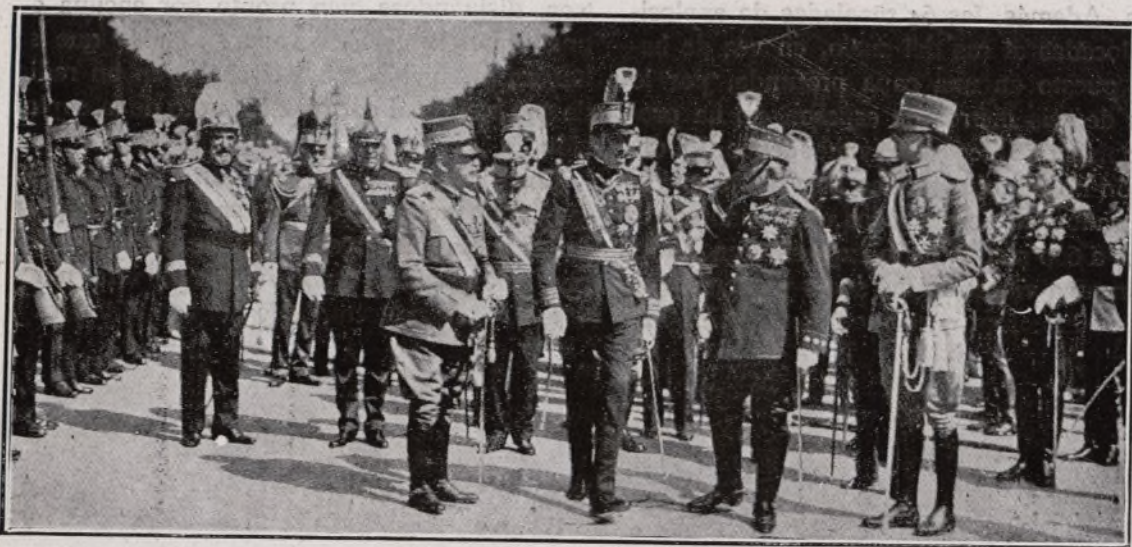
El nombramiento de coronel honorario del Regimiento de Saboya a favor del Rey de Italia, fué hecho por nuestro monarca D. Alfonso XII el año 1911 y una comisión de jefes y oficiales, presidida por el Capitán General Sr. Primo del Rivera fué a Italia con objeto de presentar y ofrecer al coronel honorario el uniforme del Regimiento.

Entre los Regimientos que componen el Ejército español, el de Saboya es uno de los de más brillante historial, y cuyo apodo «El Terror», ha sido ganado merecidamente en multitud de combates.

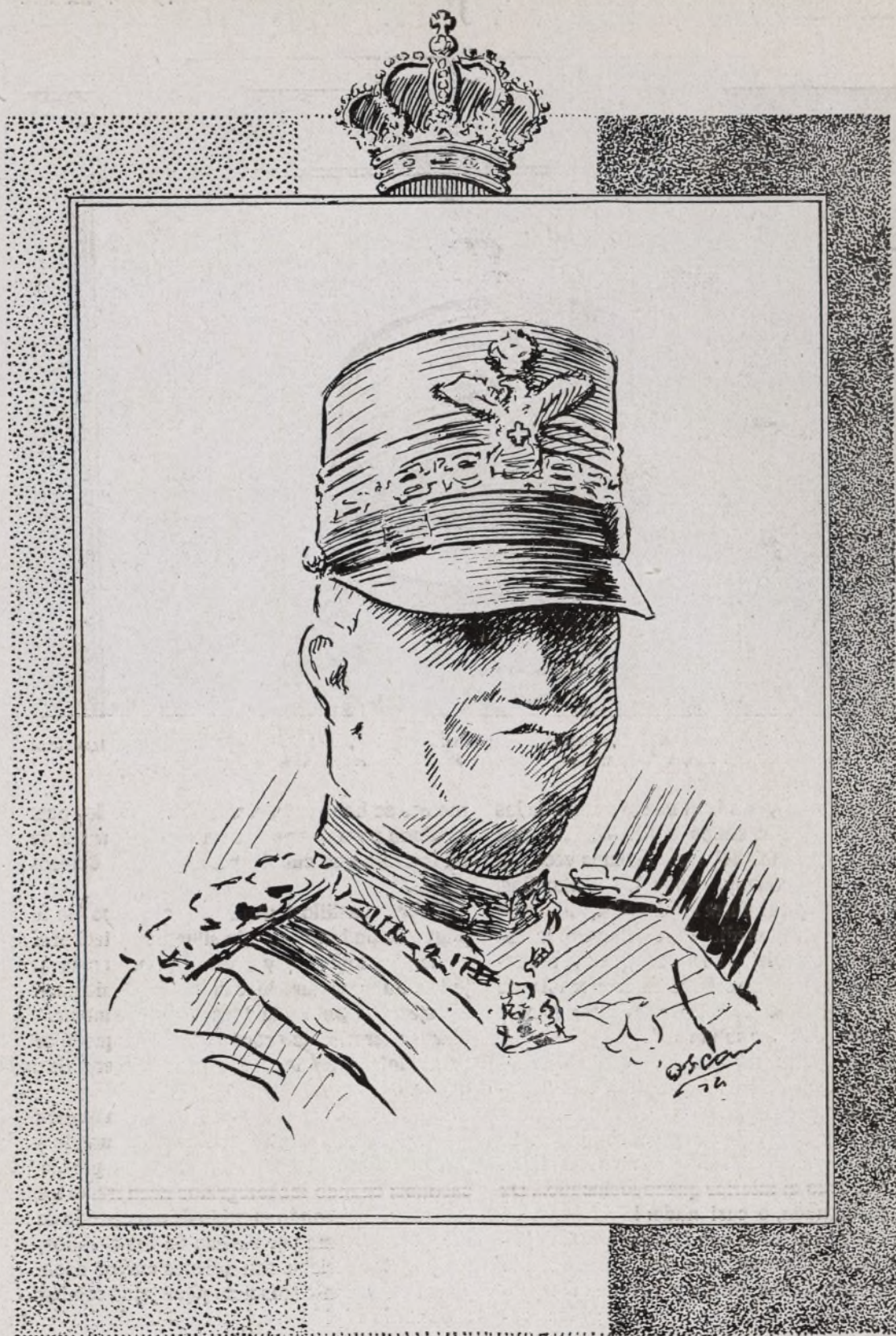
Su organización data del año 1633, formándose dicho regimiento con las fuerzas del tercio de Lombardía, en la ciudad de Crémone.

Ha tomado parte en las campañas de Italia desde 1636 a 1650; las de Flandes; la guerra de sucesión en el suelo italiano en los años 1718 a 1745; la defensa de Ceuta; el socorro de Orán; sitio de Gibraltar; la guerra con Portugal; la expedición a Argel; las conquistas de Santa Catalina y Colonia del Sacramento; sitio de Paz; combate y conquista de Mahón; defensa de Orán y Ceuta; campaña del Rosellón; guerra de la Independencia, en que se cubrió de gloria en cuantos hechos de armas tomó parte y fieles testimonios son de ello Zaragoza, Valencia, Gerona, Valls, Tarragona, Murviedro y Perelló; la campaña de Cuba; y por último la de Africa en 1859 y actual.

Tal es, a grandes rasgos, el glorioso historial de este brillante Regimiento, del cual es coronel honorario S. M. el Rey de Italia.



El Rey Víctor Manuel con el Soberano español, el heredero del trono de Italia y varias altas personalidades de la milicia española, revistando las tropas del Regimiento de Saboya, del que es Coronel Honorario el Monarca italiano.



S. M. EL REY DE ITALIA, CORONEL HONORARIO DEL REGIMIENTO DE SABOYA

Ayuntamiento de Madrid

CASTILLOS Y FORTIFICACIONES



Las poéticas visiones de los Castillos del Norte, rodeados de exuberante naturaleza, dan la visión de bellos edificios decorativos, en vez altivas fortalezas, en donde anidaron en pasados tiempos, la fuerza y poderío que imponía el vasallaje

Desde sus torres y desde el hueco hondo de las troneras, miran los castillos a los viajeros que pasan llevados en alas del tren. Muchas veces, al rápido pasar del convoy, desde las ventanillas, hemos visto dibujarse entre los árboles, en lo alto de un montecillo, en medio de la llanura, la fachada pasada de los viejos castillos, que tienen escrito, en sus piedras, una historia memorable de romancescas peleas. El puente levadizo parece pronto a caer para dar salida al férreo ejército de guerreros que guarnecen el castillo. Al sol se espera ver centellear las picas y las tajantes espadas. En el aire se busca el sonido vibrante y prolongado de la trompa. Pero nada, ni se ve ni se oye nada. El gigante de piedra permanece mudo. Se diría que todo el interior quedó fosilizado... De vida no queda nada, o casi nada: la vieja yedra que trepa por la muralla con la porfía de un ejército asaltante; los murciélagos que hacen su nido en las almenas de las torres y revoltean esparciendo el polvo con el batir de sus alas; y las arañas que, en los rincones, hilan su trabajada tela. El castillo está mudo, muerto, abandonado. Los

hierros se han enmohecido y cuando las puertas se abren para dar paso a un curioso turista, surge un lamento que chirria prolongado y dolorosísimo...

¡Pobres castillos! ¡Antiguos reductos de inexpugnable poder! Su parda silueta inquietó profundamente a los reyes y a los capitanes más arrojados. Su mole dura hizo meditar detenidamente a los ejércitos antes de lanzarse al combate. Sus muros fueron como rocas en donde quedó estrellada tanta valentía y tan gran número de soldados.

Hoy son los castillos, quienes miran absortos a la vida que en torno a ellos se teje. Cuando unos turistas llegan en automóvil hasta el pie de los castillos; cuando los fotógrafos tiran frente a ellos sus placas; o cuando el ruido de moscardón de los aeroplanos suena por encima de los castillos, éstos y no los turistas son quienes mayor asombro ponen en la contemplación. ¡Qué lejos estaban de suponer la rápida transformación de las cosas. Los enormes gigantes de aquellas épocas, representan muy poca cosa frente a los aparatos de

guerra de hoy día. Una batería de tiro rápido emplazada frente a uno de estos castillos terminaría prento con sus murallas y sus torreones.

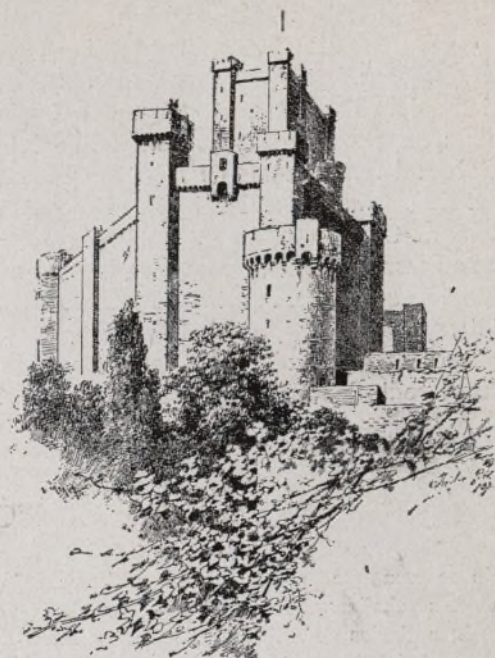
¿Lo han comprendido los castillos? ¿Se han dado cuenta de su debilidad frente al Hércules de la ciencia militar moderna? Parece que sí, que en efecto el alma de las cosas, ese espíritu insospechado de las piedras, que las va tornando en amarillentas como las hojas en otoño, se ha estremecido de pesar y avergonzada se ha recogido en sí misma, como se encoge una oruga al ser tocada. Los castillos se han refugiado en el arte, se han hecho elementos de poesía; y cuando un atributo de la vida recurre por sí mismo al arte es irremediablemente que está muerto. Vivir en la vida de ficción y de ilusión de la poesía, es como los muertos, que viven en el recuerdo. Los castillos han quedado así: su pujanza sólo alienta aún en las páginas de los cuentos para niños.

—¡Papá! ¡Papá!... ¡Mira que hermoso castillo!

El padre se inclina hacia la dirección que el dedo infantil señala y contempla el castillo. Se recorta dulcemente, tiene acento delicado, aparece en el paisaje con cierto tono femenino. Es, en suma, algo así como un juguete puesto en el camino para recreo de los viandantes.

—Es como mi castillo, papá— vuelve a decir alborozada la voccecita infantil. Parece de cartón. Quizás sus soldados sean de plomo.

¡Oh, si el castillo tuviera oídos y pudiera escu-



Los Castillos de España se nos muestra altivos en medio de la llanura Castellana, representantes únicos de nuestra vieja epopeya militar, como si sus piedras conservasen escritas la historia memorable de romancescas peleas.

char el sarcástico epitafio que un niño pone sobre su pasada arrogancia!... Castillos de la Mota, de Simancas, de Coca, de Gormay y tantos otros castillos españoles que su nombre se extendió amenazadora e imponiendo vassallaje. Nada son



He aquí el curioso aspecto que presentan las antiguas fortalezas que aún subsisten en el corazón del África Central

hoy, fuera del arte. Patean unas recuas en la Porterna; al pie del Rastrillo unos mendigos, que van de camino, se detienen a descansar gozando de la quietud del sitio; acaso a lo largo del Camino de Ronda, unos muchachos juegan a la pelota, sirviéndose del muro como de frontón. ¡Pobre castillo! Nada le queda ya. Ni siquiera imponer respeto y temor... Cuando la Luna, al filo de la noche, alza su cara plateada por encima de las almenas, es posible que vea el interior del castillo deshecho en llanto.

¡Castillos de Flandes, que tan empeñadas luchas vieron! ¡Castillos de Dinamarca, que tienen

el prestigio de la tragedia de «Hamlet!» ¡Embrujados castillos alemanes que bordean el Rhin, el río de la leyenda teutónica de los Nibelungos! ¡Castillos provenzales, en que Barba Azul guardaba sus mujeres degolladas!...

La ciencia y los armamentos militares modernos, han demolido la pétrea arrojanza de los castillos. No han podido resistir y han caído, como tantas otras cosas van cayendo truncadas, como también caerán muchas de las modernas... De todos modos ¡felices ellos que han podido caer del lado del Arte y la Poesía les ha recogido en el seno inmortal de la fama!...

Desafíos entre hombres y mujeres

No se crea que en los tiempos antiguos todo fueron retos caballerescos como el de Don Pedro III de Aragón a Carlos de Anjou, el de Carlos V a Francisco I, y el del duque de Norfolk al de Hereford, que todavía se perpetúa en el acto de la coronación de los monarcas ingleses.

Hasta que los bárbaros del Norte no invadieron el imperio romano, el desafío fué desconocido. Si un romano le tiraba a otro un vaso a la cabeza, cosa que pasaba con bastante frecuencia, según Horacio, el apabullado no desafiaba al apabullador; todo lo más procuraba asesinarle, o, lo que era más cómodo, hacerle asesinar. Los romanos no creían que un golpe deshonoraba a nadie. Los griegos eran todavía más prudentes: habiéndole pegado un individuo a Sófocles, los amigos de éste le aconsejaban que lo llevase a los Tribunales, a lo cual contestó con mucha calma el ofendido: «Si un burro me da un par de coces, ¿me aconsejaréis que lo lleve ante los Tribunales?»

Pero los pueblos del Norte, que no reconocían más ley que la fuerza, trajeron otras costumbres a Europa e impusieron el famoso «juicio de Dios».

Con el feudalismo y con el espíritu caballeresco, los duelos adquirieron una importancia extraordinaria. Cuando se verificaban entre nobles, solían presidirlos el Rey, la Reina y la Corte.

No recordamos documentos que describan cómo se verificaban los duelos entre la gente baja, entre los villanos de aquella época, en España. En otros países, tales como Inglaterra, se sabe que los villanos, poco diestros en el uso de la lanza, la espada, la daga y el hacha o la maza de armas, se servían del palo y de sacos llenos de arena a guisa de armas de combate.

Entre los plebeyos, lo mismo que entre los caballe-

ros, el «juicio de Dios», es decir, el recurso a la fuerza en los casos de contienda, era muy frecuente.

Pero aún se llegó a más en las costumbres del duelo.

Extendióse hasta el punto de que servía para dirimir las contiendas de familia, sobre todo entre marido y mujer.

Se ha creído generalmente que la mujer de aquellos tiempos era esclava, cuando en realidad estaba más emancipada que en los nuestros. Una de las pruebas de ello es que cuando se enfadaba con su marido o éste la ofendía, tenía derecho a retarle.

Los combates se verificaban en condiciones de perfecta equidad.

Con objeto de equiparar en todo lo posible las fuerzas de uno y otra, se metía al hombre dentro de un agujero en el suelo, enterrándole hasta la cintura, y si la mujer no era manifiestamente robusta, se le ataba además al hombre uno de los brazos, sujetándosele con cuerdas al costado.

Cuando el asunto urgía o se quería proteger aún más a la mujer, en vez de abrir un hoyo en el suelo se metía al marido dentro de una barrica.

El hombre combatía con un palo o con un garrote, conforme a la gravedad de las circunstancias. La mujer usaba, como armas, una faja o un saco con una piedra dentro.

Mucho sufren en nuestros tiempos los maridos de carácter pusilánime casados con mujeres de carácter fuerte. El progreso de los tiempos ha mejorado la condición de nosotros los pobrecitos hombres, porque no queremos ni pensar lo que sucedería a los varones débiles si sus mujeres tuvieran derecho a desafiarlos públicamente y a atacarlos con gruesas piedras metidas dentro de costales.

LA FOTOGRAFIA AEREA, CIENCIA MILITAR

Sus progresos.—Obtención de pruebas y constitución de planos.—La lectura del :— :— plano.—Registro de bombardeos.—La lectura estereoscópica :— :—

Durante los últimos años de la guerra, la fotografía aérea ha rendido los servicios más estimables. No ha sido, en los últimos tiempos, dado un combate, sin que en su organización hayan dejado de actuar meticulosamente los aviones, con la preparación de *fotos* del terreno.

La vista panorámica sencilla consiste sólo en tomar muchas vistas del paisaje o de una villa desde un mismo punto, pero dando a cada placa un ángulo determinado. Las pruebas así obtenidas son confrontadas las unas con las otras y se llega a las vistas panorámicas conocidas, bien tomadas desde una torre, o de cualquier otro punto elevado.

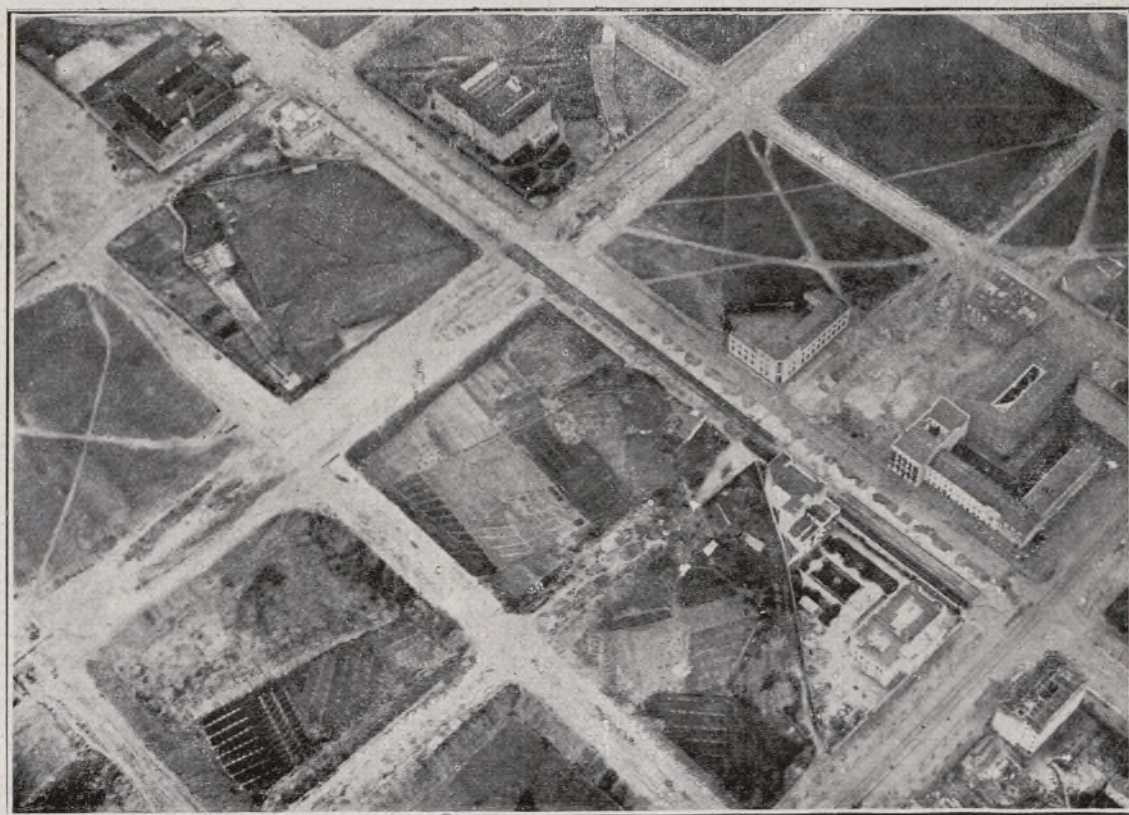
Hoy se llega a fotografiar por medio de una cometa, obteniéndose así vistas panorámicas interesantes con un material relativamente po-

co complicado y sin dificultad alguna para un aficionado un poco diestro.

El aparato está montado en un *trolley* con una vela a lo largo del cable que sostiene la cometa. Llegado al punto deseado, el obturador se abre automáticamente, generalmente por la combustión de una mecha de yesca. La vela en este momento se repliega de una manera automática también y el *trolley* desciende. Se le arma de nuevo, se pone el aparato en el ángulo que se busca y ya está otra vez en estado de funcionar.

Este interesante procedimiento es ya muy antiguo. No se podría aplicar a la fotografía de muy grandes espacios, con tomas de vistas verticales, como lo demanda el estudio de un frente de batalla.

El avión fotográfico no puede tomar una se-



MADRID.—Vista de la calle del Príncipe de Vergara a 200 metros de altura. (F. Aviación militar)

rie de clichés en un mismo punto, pero puede obtener una serie de vistas espaciadas a lo largo de su trayecto. Estas pruebas, superpuestas las unas a las otras, teniendo ciertas precauciones, permiten tener el conjunto del terreno explorado por el operador.

Es interesante el estudio de las diversas etapas para la constitución de un plano por medio de fotografías aéreas.

.

Desde luego, el avión lleva para retratar un aparato especial. Es un aparato extremadamente preciso, con obturador de cortina y depósito de placas.

El orificio del obturador está regulado desde el momento de marcha del avión. Las fotografías son tomadas al 1-200 de segundo y el número de placas que lleva está determinado por el trabajo a efectuar.

Es preciso tener en cuenta, para superponer luego las placas, que el avión tiene que marchar a una altura constante. Siguiendo una altura determinada, el operador espacia luego más o menos las tomas de vista. Los tiempos de intervalo son de nueve segundos a una altura de 1.500 metros, y se aumentan tres segundos por cada 500 metros; por ejemplo: doce segundos a 2.000 metros, y treinta segundos para los 6.000.

Siguiendo la altura escogida, se sacarán más o menos placas en una distancia dada, teniendo en cuenta las que salen mal, que pueden llegar, sin poderlo evitar, a un tercio de su número.

El camino del piloto está determinado en el avance y curso de las operaciones de guerra, siendo una guía segura la línea enemiga.

Para tomar una vista se opera como en tierra: armado que está el aparato, se abre el obturador con el resorte, y se cambia de placa tirando de la palanquita del depósito.

El aparato está colocado, naturalmente, con el objetivo para abajo, ya que, por regla general, se toman vistas verticales. Las oblicuas responden a otro objeto y son bastante raras.

Una vez hecho su recorrido, y cuando se ha efectuado el reportaje fotográfico que se interesaba sin contratiempo alguno ni encuentro desagradable de un proyectil del enemigo, el avión fotográfico regresa a su nido; confía sus placas al carruaje automático.

Este carruaje-remolque lleva una cámara

obscura con toda la instalación necesaria para hacer el revelado rápido de los clichés, su rectificación y la tirada de las pruebas a la máquina.

Con estas pruebas, que se yuxtaponen, se llega a reproducir la vista completa de lo que el avión ha observado a todo lo largo de su ruta.

El estudio de conjunto de fotografías está completado por la carta del Estado Mayor y por otros planos directores establecidos para cada zona de batalla.

.

La lectura de un plano sacado de las fotografías tomadas por un avión contiene infinidad de detalles e indicaciones extremadamente precisos.

Es evidente que la fotografía descubre inmediatamente las tropas en marcha, las rutas que llevan y las agrupaciones que las forman. Pero los emboscamientos y simulaciones hacen inútiles las observaciones de los aviones.

La luca entre estas estratagemas y el policía aéreo han dado nacimiento a maravillas ingeniosas y habilidad notable para descubrir estas emboscadas, que no pueden escapar gracias a un gran hábito y a descubrimientos que hace la misma fotografía al ampliarla y que escaparían la mayor parte de las veces a nuestra vista.

Evidentemente, se ven bien a simple vista las cañadas, los arroyos, las carreteras y los atajos, las madrigueras de obús, las entradas a las trincheras y otra multitud de detalles; pero es sumamente difícil poder explorar lo que el enemigo ha disimulado en emboscadas y ocultamientos con una extrema astucia.

¿Cómo reconocer estas trampas que se confunden con el terreno que las rodea?

Para eso, a una hora determinada, en buen tiempo, se toma una vista del sitio en que se sospecha está la estratagema; dos o tres días después, principalmente después de un día de lluvia, se saca otro cliché del mismo sitio. El sol y la lluvia obran sobre el sitio explorado, y, al haber disimulación, en la placa se nota en seguida, para un hábil explorador, que hay una diferencia con la anterior en entonación o intensidad de color.

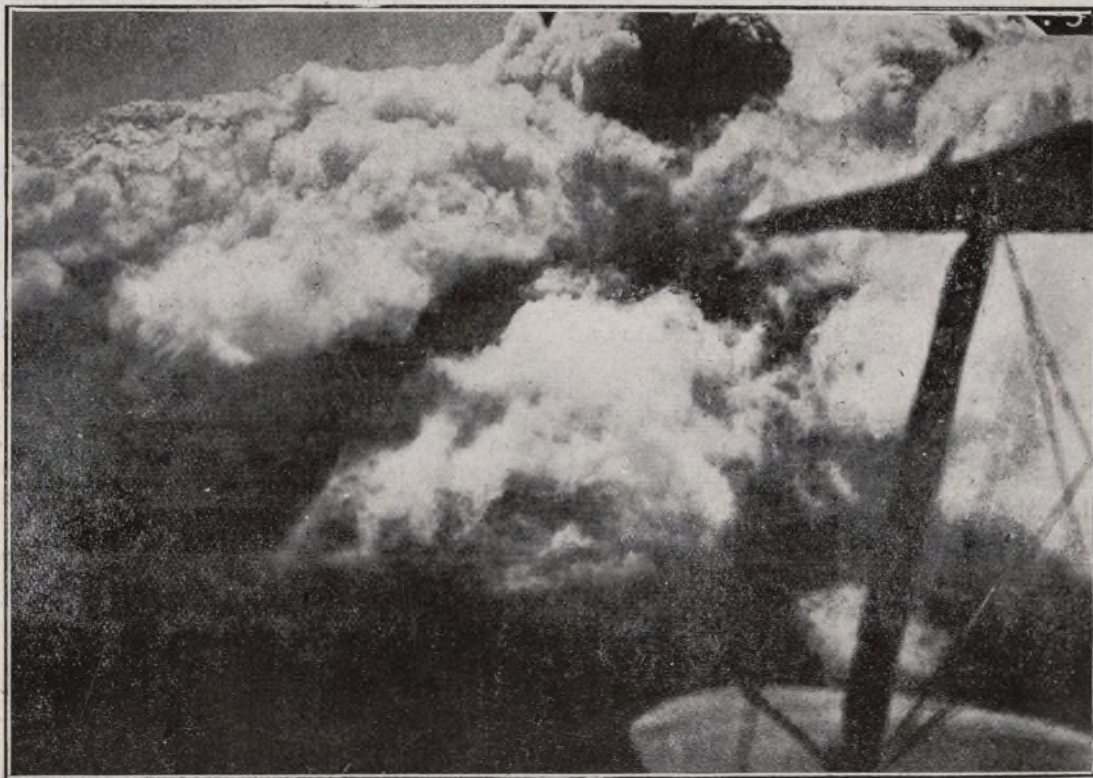
La sensibilidad extrema de las placas permite comprobar exactamente estas diferencias de tintas en el sitio que el enemigo ha cubierto reductos, baterías, etc.

La acción del sol sobre estos sitios es extremadamente activa. Ella ha hecho descubrir unas madrigueras de obús en Chateau-Thierry, en clichés sacados con el intervalo de un día, sin el recurso de que hubiera llovido.

Es inútil insistir sobre indicaciones de los sitios ocultos, pues se comprende que puede haber muchas, como el humo indiscreto de las hogueras y las pisadas o senderos hechos por los paseantes impenitentes. Cualquier cambio,

vista del sitio atacado, después del paso de los aviones de bombardeo. Esta misión era confiada a un avión fotográfico, que sacaba un cliché, en cuyas pruebas se podían observar las humaredas de los incendios o los destrozos hechos por las bombas.

Este procedimiento era igualmente aplicable al examen del resultado obtenido por un tiro de artillería con dos pruebas sacadas, una antes y otra después del tiro.



Nubes sobre Madrid a 2.000 metros de altura (F. Aviación militar)

cualquier movimiento hecho, se revela pronto en la placa, revelación que acoge el lector enemigo con un grito de alegría.

* * *

Cuando una escuadrilla de bombardeo había recibido la misión de destruir un nudo de vías férreas, de destruir algún reducto sospechoso o trincheras peligrosas, era conveniente saber qué efecto habían producido las explosiones en los puntos de caída de los proyectiles.

Las reseñas obtenidas por el espionaje, además de no ser siempre posibles, no son seguras y están sujetas a error o engaño.

Era infinitamente mejor tomar una sencilla

Era muy común, por esto, ver en la gran guerra que a una escuadrilla de bombardeo seguía un avión solo, que no era más que un sencillo paseante curioso que fotografiaba todo.

* * *

Se sabe que la visión binocular permite darse cuenta del relieve de los objetos.

La prueba fotográfica ordinaria es haber obtenido una vista con un solo ojo u objetivo. Para obtener el relieve es preciso tomar dos vistas del mismo sitio con objetivos diferentes, colocados a una separación conveniente.

Estas dos vistas, colocadas en un estereoscopio, son miradas cada una por un ojo; super-

puestas, en nuestro sistema de visión, nos da el relieve buscado.

Se ha utilizado este mismo fenómeno para las vistas aéreas, pero sin pretender hacerlo con un aparato estereoscópico, ya que la distancia de los dos objetivos tenía que ser muy grande.

Para llegar a este resultado, el avión toma dos vistas del mismo punto, pero a una cierta distancia.

Si las superponemos con un pequeño espacio estas pruebas en el estereoscopio, al parecer iguales, veremos que nos dan el relieve deseado. Hay que tener en cuenta para ello que debe colocarse un poco a la derecha la primera prue-

ba, si el avión se ha desplazado de derecha a izquierda al tomar la vista, o inversamente.

Este procedimiento ingenioso ha dado grandes resultados. Así en Champagne, en 1918, antes del ataque, al comparar dos fotografías, una de ellas antigua, se descubrió, gracias al relieve, una especie de palos o troncos.

Algunos reconocimientos confirmaron la existencia de estos palos, que no eran más que... minas destinadas para destruir los tanques a su paso.

Todo esto muestra que la guerra de sorpresa no es más que de nombre, pues exige infinitas precauciones, que acaban siempre por ser inútiles merced al avión, que lo ve todo con su aparato de fotografía.

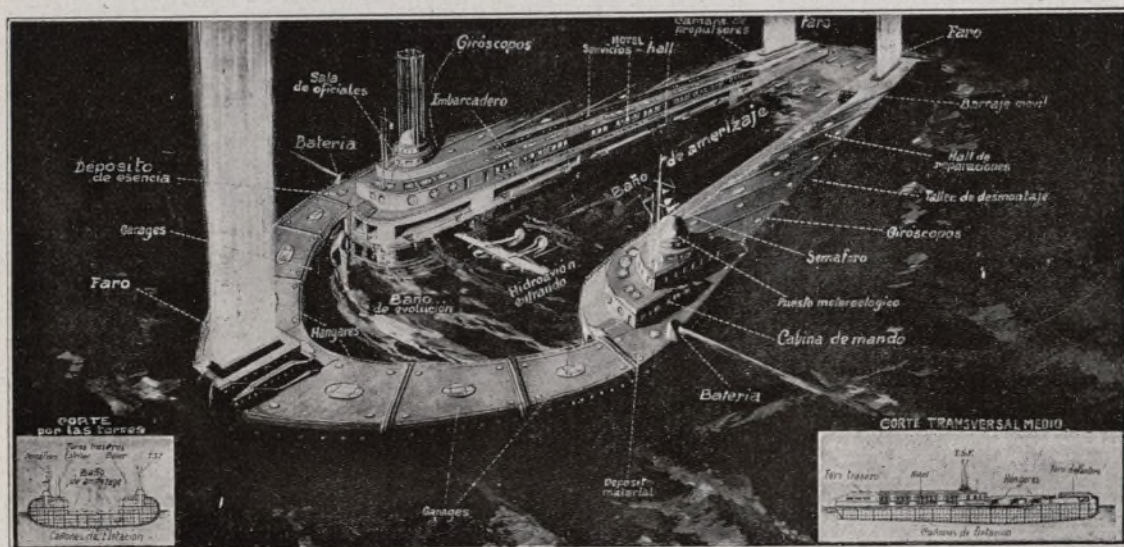
ISLAS FLOTANTES

La unión de América y Europa por medio de navíos, hidroaviones e islas flotantes es el problema del día. Parece, a primera vista, que el avión debía ser el mejor instrumento para ello; pero como su estado de perfeccionamiento no le permite todavía realizar una travesía de 8.000 kilómetros en un solo vuelo, numerosos técnicos han escogido el medio mejor, o sea el de la construcción de islas flotantes. Han sido

La «isla flotante» concebida por el joven artista puede servir de estación de aterrizaje para los hidroaviones que efectuasen la travesía.

Sus características son : 450 metros de longitud por 230 de anchura al exterior. En cuanto al puerto interior, tiene de medida 300 metros por 90.

Contiene también la isla un semáforo, un observatorio astronómico, telegrafía sin hilos, los puestos del



presentados hasta ahora numerosos proyectos de ingleses, alemanes y americanos, que pretenden establecer una línea aérea trasatlántica, pero ninguno ha tenido aceptación.

En el último concurso de Chenavard, de la Escuela Nacional de Bellas Artes, ha sido presentado un proyecto por Enrique Defrasse que ha llamado mucho la atención.

comandante y del personal, con departamentos independientes para la clase marinera y de peonaje.

Su «hall» y habitaciones destinadas a pasajeros están proyectados para tener todo el «confort» apetecible.

Puede decirse, en resumen, que ha sido el proyecto mejor presentado hasta ahora, técnicamente hablando, y ha sido concebido de manera ingeniosa, como correspondía al artista Defrasse, que, en su juventud todavía, empezaba a iniciarse en las grandes obras.



ERNESTO CASIMIRO
Conde de Nasau



FERNANDO ALVARFZ DE
TOLEDO.—Duque de Alba



ISABEL CLARA EUGENIA
Infanta de España



FRANCISCO DE MENDOZA
Almirante de armas españolas en Flandes

LOS TERCIOS DE FLANDES Y SUS SOLDADOS

Felipe III, el Soberano más poderoso de su tiempo, se encontró en la triste necesidad de rebajar los sueldos de aquellos famosos tercios españoles que durante dos siglos tuvieron vinculada la victoria a sus armas.

Ese inveterado abandono hacia los soldados que servían al Rey y a la nación fué culpa añeja en que incurrieron los reyes. Por las ciudades de Castilla pidieron limosna o murieron de hambre en los hospitales los héroes de Pavía y de Lepanto.

Cierto es que fueron muchas las penurias del Real Tesoro; pero también es cierto que periódicamente arribaban a los puertos de la península los galeones de las Indias, repletos de plata y oro, que casi nunca se empleaban en las pagas de los soldados.

La carrera de las armas fué siempre de trabajos y sufrimientos; pero en el siglo XVII, *poner una pica en Flandes* era un pregón de miseria.

«Para medrar, la Iglesia, el mar o la Casa Real.» El refrán no menciona la milicia.

Uno de aquellos admirables soldados que con igual pericia usaba la espada que la pluma, decía en uno de sus libros: «Para la Corte, las minas del Potosí, y para los que sangramos por España, no más que promesas.»

Así ocurría que los soldados menos sufridos, faltos de la paga, tenían que vivir de la rapiña, del saqueo o con gran dolor convertirse en bandoleros.

Gonzalo de Córdoba, *el Gran Capitán*, alcanzó en Italia sus maravillosas victorias con un ejército mal pagado, mal vestido y no muy harto de pan. La ingratitud de los reyes de la casa de Austria para con sus soldados fué tal, que Pescara vaciló en su fe; Pedro Navarro, el gran artillero, pasó al servicio de Francia; Juan Sebastián del Cano, que fué el héroe de las guerras marítimas de Africa y Levante, no recibió de Carlos V ni una sola paga, ni para sí ni para la tripulación de la nao que mandaba. Así se relajó la mo-

ral de los soldados y cundió en los ejércitos la indisciplina. Las quejas eran abrumadoras. El capitán Barahona dirigió un memorial a Felipe III, en donde le decía: «¿Cómo quiere S. M. persuadir a nadie que toma un hábito tan trabajoso como el de soldado y aventure su vida a cada paso, ofreciéndole en pago de sus trabajos, si muriese peleando quedará sin sepultura y si escapa del peligro habrá de morir en el hospital? ¡Hermoso premio para convidar al peligro!»

Francisco Solano Salazar, soldado de Flandes, exponiendo al Rey Don Felipe III sus méritos y pidiéndole una recompensa, decía: «Bien se ve que todo está perdido y no nos queda más que hambre, desolación y enfermedades, sin esperanza de socorro ni de donde venga, porque todo está consumido y sólo en los conventos no mueren de hambre.»

La ceguera de los gobernantes fué criminal, y bastará un hecho para probarlo.

Se trató de fortificar las plazas de Flandes, y el conde de Villalonga, general de Artillería, hizo presente al Rey la necesidad de conservar las escuelas de artilleros y la fundición de cañones. El devoto Felipe III remitió el asunto a su confesor, y este piadoso varón opinó que, «aunque lo de las escuelas de artillería era forzoso, le parecía que por ahora no debería hacerse ese gasto.» Y no se hizo.

La instrucción de la artillería quedó poco después en manos de los jesuitas y algunos sacerdotes, muy cultos quizá, pero sin la vocación de la guerra. Se estableció la escuela de artillería en los Estudios de San Isidro, bajo la dirección del P. Camarasa, maestro de Felipe IV. El padre Afflicto, otro jesuita, ostentó el título de general de Artillería.

Dice un historiador que «llegaron tiempos en que no hubo en España más que una escuela de artillería regentada por un sacerdote, a la cual asistían ocho alumnos que seguramente no oírían jamás el estampido del cañón».

Quizá lo dispusiera así la Divina Providencia para que España no conquistase el mundo entero con sus armas invictas.

* * *

Con motivo de la rebaja de sueldos en los ejércitos de Flandes, llegaron a la Corte centenares de quejas al Rey, tan razonadas y sensatas, que se podría estudiar en ellas los fracasos militares que nos condujeron a la rota de Rocroi.

Entre esos memoriales hemos cogido uno que se parece a todos los demás.

He aquí la carta del Rey y el memorial:

«Conde de Añover, pariente de mi Consejo de Guerra: Por parte de Luis Hernández se me ha referido lo que veréis por la copia del memorial que será con ésta, sobre que no se entienda con él la reformatión general por estar estropeado de todos sus miembros y ser de edad de más de cien años y haberme servido más de setenta en diferentes partes, puestos y ocasiones. Y os encargo, y mando, me informéis muy particularmente, con lo que se os ofrece acerca de esto con vuestro parecer para que visto se tome en lo que pretende la resolución que más convenga.

De San Lorenzo a 16 de Junio de 1612.—YO EL REY.
Antonio de Arostegui.»

«Señor:

Luis Hernández, señor de la Breñaña, comenzó a servir a V. M. en Lombardía el año de cuarenta y cuatro. Entró en la Infantería española que tenía allí el marqués del Basto, y habiéndose hallado con él en la batalla de Cerisoles y algunos otros reencuentros, pasó a Alemania el año de cuarenta y seis, donde sirvió a S. M. el Emperador Carlos V en las guerras que tuvo el duque de Sajonia y los demás rebeldes al imperio, hasta que el año de cincuenta y tres vino sobre Metz de Lorena, habiendo padecido en aquel sitio innumerables trabajos por el grande frío que se sintió en aquel año, se retiró de él con los demás españoles que S. M. envió a los Estados de Flandes, y continuando sus servicios se halló en los sitios de Jervana, Hedin y algunas otras villas y castillos y en las batallas de San Quintín y Gravelinas, hasta que fué por el duque de Alba proveído en el gobierno y bailiato de Armentieres, con el cual se le señalaron cuarenta escudos de sueldo al mes; y rebelándose los dichos Estados después de la muerte del comendador

don Luis de Requesens, le fué forzoso dejar su gobierno y retirarse a Francia, perdiendo su hacienda y dejando en prisión a su mujer e hijos en manos de los enemigos rebeldes, para cuyo rescate hubo de vender lo poco que le quedaba de hacienda, como todo consta por los papeles que con éste presenta. Volvió a servir otra vez en dichos Estados en tiempo del duque de Parma, que le hizo merced de mandarle señalar treinta reales (de a ocho) de entretenimiento al mes, con que sirvió cerca de su persona y demás generales, hasta que por la reformatión general del año pasado de 609 se le bajaron los diez escudos al cabo de tanta desventura y de setenta años de servicios de los cuales hace a V. M. esta sucinta y verdadera relación, para que en consideración de ellos y que se halla ya en edad de cien años, le haga V. M. merced de lo poco que le queda de vida pueda gozar de todo su sueldo, sin que se entienda con él la dicha reformatión general como no se entiende con estropeados e impedidos, que si ellos lo están de algunos de sus miembros, él por su mucha edad lo está generalmente de todos, además de que respecto al sobre dicho cargo que ha tenido, no sólo le tocaban los dichos treinta reales, pero los cuarenta que se le señalaron con el de sueldo, y con ello lo recibirá de V. M.»

Este memorial, entre los papeles de un archivo, sería una curiosidad histórica; pero esculpido, en los muros de un cuartel español, se convertiría en un bronce perdurable.

Luis Hernández, el soldado centenario, puede muy bien representar una raza heroica y una época famosa. El y los que como él pelearon en el mundo por España, fueron los que, con sus espadas y sus picas, apuntaron el inmenso imperio que amenazaba ruina.

* * *

¿Se le concedió a Luis Hernández lo que demandaba del Rey?

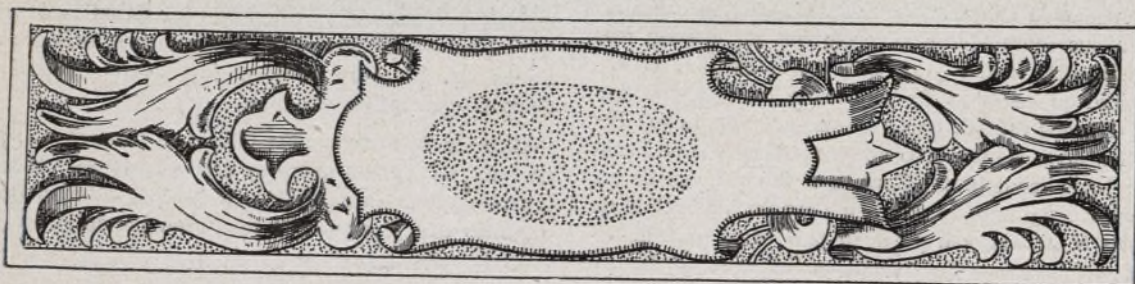
No lo sabemos.

Lo que podemos asegurar es que Luis Hernández no murió.

Renació entre los legajos de un archivo, y sin los míseros escudos del Real Tesoro ha podido llegar a nuestro tiempo.

Acostumbrado a vencer a la muerte en los campos de batalla, se erigió inmortal.

F. RIVIER.



PRÁCTICAS DE LOS ALUMNOS DE INGENIEROS

Durante los días 9 al 15 del pasado mayo, han tenido lugar las Prácticas Generales de fin de curso de la Academia de Ingenieros.

Organizados los alumnos en un Batallón Mixto marcharon por carretera el día 9 a la Dehesa de Pajera, situada entre el Río Henares y la carretera de Francia, a unos 20 kilómetros de Guadalajara, lugar donde quedó establecido el campamento, dotado de todos cuantos elementos son requeridos hoy día, entre ellos, el alumbrado eléctrico, asegurado por 650 lámparas alimentadas por un grupo electrógeno, sistema italiano, presentado en la Demostración Experimental que el pasado año tuvo lugar en el campamento de Retamares.

Constituído el Batallón por tres compañías (uno de Zapadores-Minadores, con dos secciones rodadas y una a lomo; otra de Telégrafos con con material de telegrafía y telefonía a lomo, rodada y ligera; y la restante, mixta de Radiotelegrafía y Alumbrado con material de tracción animal y automóvil, y sobre motocicletas), se ha entregado en el corto espacio de tiempo disponible, a la resolución de dos temas.

De gran aplicación para nuestra campaña de Marruecos, ha consistido el primero de ellos en el establecimiento de una posición para una Compañía de Infantería, dos piezas Krupp de Montaña y dos ametralladoras, con su blockaus de avanzada. En el segundo se suponía que el Batallón formaba parte de una División perteneciente a un Cuerpo de Ejército que, teniendo acampado su núcleo principal al de Madrid, tenía por misión defender los pasos de la Carpetana, de la invasión por un ejército enemigo que ya ocupaba Valladolid, Zaragoza y Soria.

Durante el desarrollo han efectuado los Zapadores un sinnúmero de trabajos: construcción de un puente Tarron, de otro de rigas americanas, de una pasarela sobre flotantes; tipo americano «Lampert», de barracones, simulacros de voladu-



Pre, arando el lanzamiento de un puente.—Construcción de un puente Tarron.—Preparando un blockau.—Carro de telegrafía y telefonía.

(Fots BRAUDIS)

ras, enmascaramientos con humos, etc. A su vez las tropas de comunicaciones establecieron línea telefónica con Guadalajara, comunicando los telegrafistas con distintas estaciones, entre otras con la del Palacio Real. También la Sección de Radio-telegrafía desarrolló intensa y fructífera labor.

Después de oír misa de capaña, dedicáronse los alumnos el domingo 11, a los deportes, realizándose después, un simulacro de ataque nocturno, en el que la Sección de Alumbrado se distinguió por su destreza en el manejo de los proyectores.

como yunques en que se van forjando los caracteres más esenciales de todo buen militar: valor, disciplina, orden, sentido nacional. Viendo las prácticas de los alumnos de Ingenieros hemos sentido infinita alegría. ¡Así se forma un Ejército! Pocas naciones habrá que nos iguale en la enseñanza militar en las Academias. Los cadetes han tenido siempre una aureola envidiable, y se puede afirmar que el tiempo la acrecienta. Hoy que la ciencia ha llegado a un esplendor inusitado, la enseñanza en la Academia de Guadalajara cons-



Fortificando una posición.—El alumno S. A. R. Don Luis Fernando de Baviera, Infante de España.

(Fots. BRAUDIS)

Y el día 15, tuvo lugar el repliegue, regresando ese día a Guadalajara y dando fin las prácticas.

La forma brillantísima con que los alumnos han realizado los ejercicios descritos produjeron agradable impresión en cuantos jefes los presenciaron. El grado de enseñanza de nuestros futuros ingenieros es inmejorable y hace esperar los más admirables resultados para el Ejército. La enseñanza en las academias militares constituye un ejemplo de patriotismo y de método. Son algo así

tituye un timbre de gloria, pues todos los talleres y laboratorios están montados de modo sorprendente y dotados de cuantos detalles pueda exigir la más completa enseñanza.

Y en cuanto al estado táctico buena prueba han sido estas maniobras de prácticas generales que con tal admirable efecto se han desarrollado, coronando el curso de estudios del terminado invierno.

GAVO

M Á X I M A S

Cuando los vicios nos abandonan, nos ufamamos con la creencia de que somos nosotros los que los abandonamos.

* * *

Hay recaídas en las enfermedades del alma como en las del cuerpo. Lo que tomamos por nuestra curación no es frecuentemente más que un alivio o un cambio de mal.

* * *

Los defectos del alma son como las heridas del cuerpo: tómese el cuidado que se tome, para curarlas, la cicatriz se ve siempre y a cada instante están en peligro de volverse a abrir.

* * *

Hay gentes de las que nunca se puede creer el mal sin haberlo visto; pero no las hay en las que el mal deba sorprendernos al verlo.

Editorial "Armas y Letras"

Fundada esta Editorial para facilitar a los Jefes y Oficiales del Ejército las obras más interesantes que en España y en el Extranjero puedan producirse, referentes o en relación con la carrera militar, inicia sus publicaciones con la de dos libros interesantísimos, a saber:

LOS CARROS DE COMBATE DE LA INFANTERIA

(MANUAL PRACTICO DEL CARRO RENAULT)

del teniente Goutay del Ejército francés, traducido, adaptado a nuestra organización y prologado por

VICENTE VALERO DE BERNABE

PRECIO: 5 PESETAS

Siendo una novedad en España el carro de combate, este libro debe ser conocido y conservado por todos los Oficiales, pues sintetiza de una manera práctica cuanto se refiere a los fundamentos, mecanismo, funcionamiento y táctica del carro de combate Renault, reglamentario en nuestro ejército.

MANUAL DEL OFICIAL DE INFANTERIA EN CAMPAÑA Y MANIOBRAS

POR EL TENIENTE CORONEL GARCIA PEREZ
Y EL CAPITAN VALERO DE BERNABE

Este libro es una colección de reglas y normas militares, en las que están condensadas todas las que necesita saber un Oficial de Infantería en campaña o maniobras. Formando un pequeño libro, cuyo tamaño permite ser llevado en el bolsillo de la guerrera, colecciona en forma muy interesante y práctica todos cuantos conocimientos interesan al Oficial, referentes a organización de columnas, campamentos, vivaques, atrincheros, escuelas prácticas, reglas de tiro, devengos, etc., etc.

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos deben dirigirse al Administrador de la EDITORIAL «ARMAS Y LETRAS».—Duque de Osuna, 3.—Apartado 886, acompañando el importe en libranza del Giro Postal.



Cuento baturro

Por el Bachiller Corchuelo



PERSONAJES

EL ABOGADO. EL RATOLÍN, cacique de un lugarón; hombre testarudo, amigo de pleitos y arbitrario en extremo. **LA RATOLINA**, su mujer, más lista que una ardilla.

La acción en la cabeza de un partido judicial, en Casa del Abogado.

ACTO PRIMERO

EL ABOGADO. — Les hablo a ustedes con toda lealtad. En veinte años de ejercicio de mi profesión no me remuerde la conciencia de haber engañado, a sabiendas, a ningún cliente mío...

EL RATOLÍN (*aparte*). (Sí, sí... Cuéntaselo a tu abuela, que a mí... ¡Ya comeríais *vusotros* los *abogaus* si no engaña-seis!...)

EL ABOGADO. — Y si no he engañado a nadie...

LA RATOLINA. — (Porque no habrás *podíu*...)

EL ABOGADO. — Me-nos había de engañar a usted, que es amigo mío muy querido, y jefe de nuestros *c o r r e l i g i o n a r i o s* en su pueblo, como yo lo soy de los de este distrito.

EL RATOLÍN (*atajándole*). — *Güeno*. Y del pleito, ¿qué me dice *usté*?

EL ABOGADO. — Pues a eso iba. Después de estudiado el asunto y de haber ahondado en su entraña, yo les aconsejo a ustedes que se conformen con haberlo perdido en el Juzgado muni-



cipal, porque aquí, en el de primera instancia, lo van a perder también... Desistiendo se ahorrarán gastos y disgustos...

LA RATOLINA. — ¡Ah! ¿Y se va a salir con la suya el *sostras* del contrario? No, en mis días.

EL RATOLÍN. — De modo que *usté* se dice *abogau* y amigo mío, y m'aconseja que no *alante* un paso más... y que me deje *chafar* por el contrario, y que consienta en ser la burla del lugar... Y luego en vísperas de elecciones ya no se acordará *usté* de la *lealtá*... Al contrario, *tóo* será *pidirme* que haga trapacerías para sacar *diputao* al candidato que *usté* apadrine...

EL ABOGADO (*un poco corrido*). — Créame usted que si yo viese un medio de echarle la zancadilla a la parte contraria, lo pondría en práctica en seguida. Pero..., aunque lo encontrara, el juez que tenemos lo echaría a pique todo. Es más listo que el hambre.

EL RATOLÍN. — Mire *usté*, yo no litigo por lo que valga la tierra, sino por tesón, por pique,



porque no quiero que se burle ese morros d'haba de mí... Por vélo debajo de mí, daría... cuanto me pedisen... ¿Le parece a usted que le ofrezcamos una cantidad al juez?

EL ABOGADO (*horrorizado*).—Por Dios, baje usted la voz... Si el juez supiera que ha pasado por la mente de usted tal pensamiento...

EL RATOLÍN.—No es pensamiento, es *dicción*. Estoy *dicidido*.

EL ABOGADO.—¡No haga usted tal!... Mire usted que es el juez más recto que he visto.

ACTO SEGUNDO

EL RATOLÍN (*Entra riendo socarronamente en el despacho del abogado*).—¿Lo ve usted, so cobarde? ¿Ve usted cómo himos ganau el pleito? Ha *perdtu* usted una docena de perdices.

EL ABOGADO.—Lo que no veo es cómo hemos ganado... ¡Sentencia más injusta!...

LA RATOLINA.—¿Pus sabe usted por qué himus ganau?

EL ABOGADO.—Ya he dicho que no.

LA RATOLINA.—Pus no haciéndole caso a usted.

Ni la política, ni el deseo de ascender en su carrera, ni las dádivas pesan bastante en su ánimo para hacerle inclinar el fiel de la balanza hacia el lado que no le marque su conciencia. Es incorruptible.

EL RATOLÍN.—Ya será menos...

EL ABOGADO.—Mire usted si le conozco... Si le hicieran ustedes semejante propuesta, en primer lugar, es posible que salieran por el balcón; pero si salían por la puerta, es seguro que era para perder el pleito, aunque tuvieran ustedes la razón que no tienen, aunque en justicia debieran ustedes ganarlo. Aun asistiéndoles el derecho, perderían ustedes el pleito.

LA RATOLINA.—¡Ah! ¿Sí?... Pus adelante con los faroles...

EL RATOLÍN (*que empezaba a ceder*).—¿Qué ices tú?

LA RATOLINA.—Que un Ratolín no *recula* nunca...

EL RATOLÍN.—Es *verdá*. ¡Pus adelante!

LA RATOLINA.—Usted cumpla su obligación y ganamos el pleito...

EL RATOLÍN.—¡Y ganamos!...

EL ABOGADO.—Será la primera causa injusta que defenderé... Pero a sabiendas de que es porque van a sentenciarla en contra...

LA RATOLINA.—¿Apuesta usted una docena de perdices a que ganamos el pleito, y a que lo ganamos por comprar al juez?...

EL ABOGADO.—Apostadas; pero, por Dios, hablen del juez, en ese sentido, de modo que nadie lo oiga...

EL ABOGADO.—¿Cómo?

EL RATOLÍN.—Hay muchos modos de hacer que un juez listo y *honrau* deje de serlo y haga una injusticia.

LA RATOLINA.—¿No nos decía usted que aunque tuviésemos la razón, el juez sería capaz de sentenciar en contra nuestra si tratábamos de *comprálo* con regalos o con dinero?

EL ABOGADO.—Y así es de celoso de su honorabilidad...

EL RATOLÍN.—Pus, ¿quién usted saber, de una vez, por qué himus ganau? Por una do-

cena de perdices que le mandamos ayer al juez *incorrutable* y celoso de su *honorilidad*.

EL ABOGADO.—¿Es posible?

LA RATOLINA.—Fué idea mía. Cogí la docena de perdices y las mandé con un propio y una *esquelica* al juez. La *esquelica* decía que *sabidores* los firmantes de que le gustaban mucho las perdices y de que no podía comerlas siempre que le apetecían, por tener mucha familia, le mandábamos aquéllas *pa* que

sentenciara en favor de los firmantes, y le prometíamos otras tantas si venía a gusto nuestro la sentencia...

EL ABOGADO.—¿Parece imposible!

LA RATOLINA.—*Pus* es muy fácil... Es que, en la esquila, mi *mariu* no firmó con su nombre y apellidos...

EL ABOGADO.—Pues, ¿con cuáles?

LA RATOLINA.—¿Con los del contrario!

FEOS CELEBRES

Es un hecho singular que, cuando se examina una serie de retratos de hombres célebres, se encuentran entre ellos muy pocos que llamen la atención por su varonil belleza, siendo, en cambio, bastante crecido el número de los feos. Teniendo en cuenta que los grandes hombres viven para la posteridad, y que suele decirse que los hombres más feos son los que quedan más guapos cuando mueren, la cosa no tiene, después de todo gran importancia para los interesados; pero al fin y al cabo es un hecho que merece tomarse en consideración.

Feo como él solo era el antiguo poeta Tirteo, y es fama que tampoco tuvieron gran cosa que agradecer a la naturaleza Sócrates y Eurípides.

Francesco Mantegna, el famoso pintor italiano del siglo XV, que supo trasladar más de una vez al lienzo la belleza femenina y la celeste hermosura de los ángeles, era de lo más feo que puede darse. Porque no hay que creer que en aquellas épocas de calzas y gregüescos eran guapos todos los hombres, como tratan de hacernos ver los autores de novelas de época. Buena prueba de ello, es el retrato de Beltrán Duguesclin, el famoso paladín francés que vino a España para ayudar a D. Enrique de Trastámara contra don Pedro el Cruel, y a quien se supone autor de la célebre frase: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor».

Si la cara es el espejo del alma, nada bueno puede juzgarse de la repugnante fealdad del guerrero, que aun sería mayor, cuando, al levantarse la visera del yelmo, apareciese lleno de polvo y de sudor.

Otro feo célebre fué Descartes; tan feo, que hasta llegó a dudar de que existiese la belleza, condición propia de todo el que adolece del mismo defecto en modo superlativo. Hablando con algunos de sus amigos el célebre filósofo dijo en cierta ocasión que, según su propia experiencia, un buen predicador, un buen libro y una mujer hermosa, eran las cosas más difíciles

de encontrar en el mundo; y efectivamente debía creerlo así, puesto que, aunque tuvo relaciones más o menos íntimas con varias damas, las abandonó pronto y murió soltero. Es fama que, en cambio, las mujeres en general le miraban con buenos ojos, lo cual no tiene nada de particular, pues es cosa frecuente que las mujeres aprecien en los hombres el talento más que la belleza.

Según confesión de un escritor inglés, la Gran Bretaña ha sido fecunda en grandes hombres feos. El más feo de todos fué tal vez el barón Dowse, notable legista. Cuando el periódico *Vanity Fair*, publicó su caricatura, el barón se apresuró a huir de Londres, a donde no volvió hasta que todo el mundo hubo echado en olvido el terrible dibujo. Darwin también podría ser incluido en una galería de hombres feos. A propósito de él, Disraeli que no tenía nada de guapo, dijo en cierta ocasión: «Junto a ese gigante de la ciencia, yo estoy entre los ángeles». Bulwer Litton, el autor de *Los últimos días de Pompeya*, era otro tipo de inglés feo, que aumentaba su propia fealdad llevando el cabello revuelto y la barba descuidada; pero tenía un aire aristocrático, y esto le hacía en extremo agradable, porque así como una mujer fea lo parece menos si es elegante, la fealdad masculina disminuye mucho cuando el feo tiene buena figura.

Dantón, Mirabeau y Robespierre, son también hombres de los cuales podemos ocuparnos en este particular. Es verdaderamente curioso que todos tres presentan un rasgo común de fealdad; la frente deprimida y las cejas levantadas hacia las sienes.

En muchos casos, un rasgo de estos es suficiente para afeor una fisonomía que de otro modo sería hasta simpática. La frente demasiado grande por ejemplo, aun cuando se considere como signo de inteligencia, desfigura notablemente.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONCLUSION)

bía de estar sin duda. Cantaban los pájaros al recogerse, como siempre que había ido a verla; cantaban los arroyos, y, mecidas por la brisa, cantaban las hojas de los árboles. Pareció entonces que algo se le derretía allá dentro. ¡Si pudiese amar a Armida todavía! ¡Si tuviese la fortuna de volver a su cariño suave y sedante!

Después de todo, la pobre tenía razón. ¡Tres años distrayéndola, tres años de sufrimientos para oírle al cabo que necesitaban todavía esperar! Disculpó su disgusto, la aspereza con que le había hablado al saber la noticia, el vago desprecio de aquellas palabras. ¡Pero si insistiese diciéndole que aún era posible rehacer la vida y conseguir el triunfo!

Los cohetes seguían estallando en la altura, rasgando el cielo, iluminando fantásticamente la campiña de donde se levantaba a veces la torre de sus sueños, y al otro día, por la tarde, tomó casi inconscientemente aquel camino. Celebrábase la romería algo lejos de la torre, y Daniel adelantaba ahora por un paraje extraño, adusto, hasta con encinas y olivos, árboles tan poco frecuentes en la región. Largas filas de mendigos orillaban el camino, entonando la lenta y monótona salmodia de sus cuitas:

—¡No hay prenda como la vista!

—¡Tende lástima del impedido que no lo puede ganar!

—¡Téndela del que perdió sus brazos en la explosión de un barreno!

—¡No hay tesoro como el de la vista!

—¡Dolervos del impedido que no se puede valer!

Eran ciegos que elevaban al cielo la glauca pupila con una quietud de agua muerta; cojos que dejaban colgar una pierna flaca, todo hueso, como si no fuese propia; lisiados tendidos en sus carretones, tullidos tumbados entre el polvo. Y todos tenían, además, alguna lacra, alguna deformidad monstruosa que lucir. Aquí labios hinchados y allá pústulas cárdenas, y en otros sitios bocios terribles, como una segunda cara horrorizante, sin facciones, y más lejos rostros verdosos, comidos por algún extraño mal, como viejos broncees roídos por la herrumbre.

Apoyábanse éstos en muletas, gemían aquéllos desde sus carros de ruedas mal redondas, arrastrábanse los otros por la tierra, enterrando las uñas en el polvo. Y, a lo largo de todo el camino, los mendigos, todos ellos, acompañándose con movimientos acompasados de la cabeza y del cuerpo, continuaban la misma canción en un tono salmodiado y lento, con frases limpias, fáciles de cantar, trabajadas, pulidas

al través de su paso por tantas generaciones como venían repitiéndolas, cual pulen los ríos las piedras del cauce.

Aquello, sin embargo, no le quitaba alegría a la fiesta. La fiesta del San Ramón de Goyán tenía una nota extraordinariamente alegre con tantas embarazadas como de todas partes acudían al Santo en súplica de una buena hora y de una hora corta. Y al verlas pasar no faltaban las picarescas preguntas a alguna de aquellas mujeres, que bajaba al suelo los ojos, y las picarescas contestaciones de la familia.

—¿Fué cosa del enemigo, moza?

—Cosa de los amigos, mi señor...

Daniel había recorrido la romería toda y no vió a





Armida. No la vió, y casi deseaba no verla ya. Aquel valor de que se sintió poseído el día antes, estaba abandonándole de momento a momento. Y mejor sería. De hablarle, de convencerla, de ella acceder a reanudar las relaciones, tal vez le ocurriese lo que allá. Con un amor el alma no puede hablarse de amor a otra persona. Hay peligros terribles, hay siempre algo que se venga...

Mucha gente le detenía para pedirle noticia de los parajes por donde anduviera. Era gente que, terminadas las labores del campo, pensaba marchar, preparar al menos la marcha de algún deudo.

—Aquí no se hace nada. No hay más que miseria. ¡Y con esta anada! El agua anegó el maíz, las heladas tollieron las viñas; no hay pan para el año ni en las casas de los señores...

Y no influía en su decisión el verle a él fracasado, más pobre y más miserable que cuando marchó. Era un señorito, y a los señoritos el trabajo se les hace duro. ¡Pero ellos! El viento que Daniel tantas veces había visto entrar por las aldeas de aquella comarca, arrebatando a sus pobladores como otros vientos arrebatan hojas secas al través de un camino, andaba ya cantando su canción irresistible. En el puerto, donde noches antes estuvo, pudo ver, a lo largo de los ma-

lecones, una agitación de pueblo en marcha, encendido un fuego de nómadas al abrigo de todos los porches, los hatos dispuestos a echarse al hombro y aquí y allá gentes con las manos apoyadas en el cueto de su bordón, como peregrinos aguardando en silencio la hora de avanzar hacia el día y hacia la esperanza...

Afortunadamente, comenzaba a cantar la gaita en el soto, y se dejó conducir por sus sonos. Revoloteaban las criadas de los ciegos alrededor de las familias merendando. Un grupo de mozas, desafiado con otro de mozos, se adelantaba a entonar sus coplas al son de las panderetas. Y en aquel momento Daniel palideció terriblemente. Armida salía a bailar, risueña y alegre, con Antón de Pedraza, un bárbaro que la había pretendido en otro tiempo y a quien ella no quiso a pesar de su riqueza. Le vió, no tuvo él duda, y en la mirada que le dirigía nada pudo advertir que le censurase. No había siquiera el odio, el desprecio que, con su indiferencia, trataron, en ocasión análoga, de manifestarle los ojos de Estela. Era una mirada tranquila, risueña, como si aquella mujer no le conociese, como si le hubiera tenido siempre alejado de su corazón... Bailó una de las danzas ancestrales del país y la bailó bien. Bailó magníficamente Antón, uno de los mejores bailadores de la comarca. Y el público, por aplaudirles, clamó en corro, diciendo qué pareja hacían, Dios los bendijese, y preguntándole a Antón de Pedraza, como días antes a él, que cuándo les daba un día de fiesta. Al recogerse Armida al grupo, del brazo de Antón, inclinada dulcemente sobre su hombro, juraría Daniel que también preguntaba:

—¿Cuándo?

Sintió entonces que le sujetaban del brazo. Eran sus amigos del Casino, un poco alterados por las libaciones de la tarde, continuando la broma. ¿No plantaba ya su bosque de paviás? ¿Renunciaba a la cría famosa de las pechugas?

—La otra noche nos dijeron que acaso te conformes con un jornal. América, por lo visto, es dura.

Daniel se desasíó bruscamente.

—Seguid vuestro camino y dejadme. ¡Un jornal! Acaso sí, acaso todo sea preferible. No habéis estado nunca lejos de esto, no sabéis lo que son penas...

—Sobre todo, cuando el trabajo duele.

Se alejaron, y entonces unos chiquillos, presentes a la conversación, le hicieron mofa, gritándole con rítmica cantineja:

—¡Folgazán langrán! ¡Folgazán langrán!

Dejó la romería, huyó... Los monstruos de la tarde, a las luces lívidas del crepúsculo, adoptaban apariencias terribles. Todos seguían clamando. Ya borrachos algunos, se abrazaban a mujeres no menos monstruosas. Las voces que daban parecían salir también por sus llagas, y en los muñones erguidos había por veces un temblor amenazante. Parecían más, creyéndose que habían aumentado, cubrían el camino, no acababan nunca... Ladera abajo fué oyendo sus gritos, los fué viendo alzarse, adelantar hacia él, se-

guirle un instante detrás como si le persiguiesen; como si, guardianes de aquella tierra, pretendieran ahuyentarlo, echarlo de allí por impostor, por ladrón que, después de despreciar su pobreza, venía, fracasado, a robársela...

Y la tierra fragante, aquella tierra que compartió en su alma el gran amor a una mujer, le parecía un jardín aún; pero un jardín invadido por gusanos hediondos, implacables, cuya voracidad ni el corazón de la dulce criatura había perdonado infundiéndole tan nauseabundos sentimientos de avaricia. Y al así mostrarle la tierra su cáncer y ver de tal modo rodar por el fango todos sus cariños, sintió una pena profunda, la más amarga de la vida, como si el alma se le muriese en aquel aniquilamiento de todo...

Una semana más tarde estaba ya sobre el buque que había de llevarlo otra vez a América. Iba en tercera, cual los emigrantes que en su primer viaje tanto compadeció. El día, poniéndose a tono con el estado de su corazón, amanecía triste; lloviznaba. Por el mar tranquilo aun venían botes cargados de baúles, de muebles, de gente. Aquí un rapaz de cortos meses dormía sobre el mismo montón de ropas que le sirvió de nido en la aldea; allá un anciano se apoyaba contra el arca santa que guardó, durante tan luenga vida, todas las reliquias familiares; en otro lado, un matrimonio viejo se acurrucaba medroso contra los colchones del tálamo patriarcal. Y eran tantos los botes así flotando sobre el mar, que hacían creer en una inundación arrasando toda una comarca...

Una barca más grande adelantaba hacia Villarreal envuelta en la llovizna, y pronto de ella se alzó un cántico, sugerido sin duda por la vista del buque, ya lleno de gentes de toda laya que fué recogiendo en todos los tristes países del mundo. Tratábase de un orfeón cuyos miembros volvían acaso de pasar, en algún pueblo de la ría, una noche de fiesta. Cantaban hablando de la emigración, y el aire húmedo daba una gran vaguedad, una tristeza honda al canto terrible. Los tenores trinaban que nada había tan doloroso como dejar la tierra nativa. Recogían la frase los barítonos, añadiendo que preferible a eso era morir, y los bajos, convencidísimos, repetían pavorosamente:

—¡Morir! ¡Sí, sí, morir!

Para acentuar aquella horrenda tristeza, dentro del buque, emigrantes de otros países pusiéronse a tocar abigarrados instrumentos que componían una orquesta absurda: violines y guitarras, platillos, un tambor ronco y mojado. La música era alegre y picaresca; pero allí parecía tristísima. Entonces, impresionada todavía por el canto del orfeón, una vieja, al lado de Daniel, comentó con voz de susto:

—¡Por lo visto, tampoco allá se atan los perros con longaniza!

Pero bruscamente se alejaron las falúas aun abarrazadas al trasatlántico y éste comenzó a moverse con

un rumor de cadenas. Daniel oyó voces alegremente proferidas, alaridos de salvaje entusiasmo, diciendo, en su lengua materna, adiós a la tierra que ya dejaban. Y no la miraron más aquellas gentes. Al poco tiempo había allí, en la cubierta del buque, bajo las lonas, la bulla verdadera de una fiesta, de una romería. Las mozas sacaron panderetas para acompañar sus jocundos cantares de ruada; los mozos fueron a la cantina por vino. Y un viejo, un abuelo pi-



caresco y patriarcal, tuvo palabras de aprobación conmovida.

—Perfectamente, muchachos. La mujer es como la gaita, que sólo está contenta cuando de un modo o de otro se le llena el fol.

El dicho del viejo levantó aplausos y provocó otros. Se pidió más vino, y pronto mozas y mozos retozaban por la cubierta del buque como en un campo de siegas y de vendimias. El barco, entretanto, se acercaba a la salida de la ría, junto a la cual estaban la villa de Ablay del Auro y el pueblo de Daniel y

la aldea de sus amores. Al través de la llovizna vió la vaga silueta del monte, adivinó las casas conocidas y queridas, y un suspiro largo, dilacerante, se le escapó del pecho. ¡Qué horrible aquello de marcharse! ¡Qué error acaso el haber dado tanta importancia a las bromas de los amigos, a la crueldad inconsciente de unos chicuelos, a la visión de unos desgraciados mendigos que todo lo pretendían menos ahuyentarlo! Y se aterrorizó más. ¿Era eso realmente lo que le alejaba de aquellos sitios? ¿Era siquiera la necesidad de ganarse la vida con su trabajo?

Lejos, muy lejos, en el otro confín del camino de oro que delante de él había iluminado a veces la luna, vió también un pañuelo moviéndose como una mano que le llamase. Ahí descubría la causa, la razón verdadera de su viaje. Había obedecido al llamamiento de aquella mujer, como si no supiese que su venganza no estaba aún cumplida y que, al llamarle, era tan sólo para acabar de realizarla envenenándole la vida con sus desvíos y sus desdenes. ¿Y qué sería de él? Ahora que la sabía imposible, ¿continuaría amándola, al través de la vida entera, como Farfán la amó? ¿Volvería al cabo, como Farfán, para matarse en un rincón donde descansar tranquilo?

Seguía el barco cabeceando levemente, dando al viento continuos y horribles alaridos. No tardó en callar. La llovizna, acentuándose, convirtiéndose poco a poco en lluvia, comenzaba a perder sus caracteres de niebla, a dejar ver aquel pueblo donde Daniel había pasado horas tan felices y que fué luego toda la ilusión de su vida. Buscó la torre, las frondas de Goyán. Allí estaban, veladas, borrosas. Pronto las frondas y la torre y el pueblo entero iban a quedar atrás y para siempre... Ajena a sus amarguras, bajo los toldos de lona, continuaba la gente su fiesta, y mozas y mozos ya rodaban sobre cubierta en bullicioso tumulto, contemplados con amor por los viejos, aplaudidos por las viejas.

Daniel sólo miraba al pueblo. Cada vez más claro el día, un instante rebrillaron los cristales de algunas casas. Un instante más tarde ya quedaban atrás. Pero

todavía siguió viéndose tierra. De las dornas de los pescadores decían adiós al buque, agitando las gorras, deseando suerte a los que partían. De más lejos, época de estas como era, venía el rumor de los cohetes. ¡Qué felices los que se quedaban allí! Y volvió a pensar qué sería de él, cuál su existencia desde aquel momento, con todas las puertas cerradas y cerrado y adusto el bello corazón que un día se abrió para amarlo. Aun cuando consiguiese resucitar el amor de otro tiempo, aquella mujer ya no sería la misma. Ya tal vez estaba casada. Ya, si no, había tenido otros amantes y quizá otras caídas...

Pero no le amaría, no. No volvería a él nunca, la conocía bien... Y vió su vida más triste que la más triste noche, allá lejos, jamás iluminada por el resplandor, que todo lo embellecía, de ciertos ojos, trabajando siempre en un sitio hostil, sin un objeto, como el condenado de una pesadilla. Compadeciéndole, cual si quisiese hablarle, la tierra tan querida aún le acompañó durante un rato. Acodado en la borda, Daniel estuvo viendo pueblecillos cada vez más difusos, puntas rocosas donde el mar se estrellaba al pie de los pinares, la torre de alguna iglesia que parecía asomarse por detrás de los acantilados para decirle adiós... De repente miró a un lado y a otro des-pavorido, como en el sobresalto de una angustia horrible. ¡Nada! Ya no surgían nuevos pueblos, nuevas torres. En derredor del buque sólo había mar. ¡Todo había acabado! ¡Todo! Una moza, acallando su pandereta, corrió hacia él.

—¿Pero está llorando?

Acudieron las viejas santiguándose, diciéndole que no fuese niño, que no era cosa de muerte, que de aquellos sitios también se volvía... Daniel hizo un esfuerzo sobre sí mismo, pero no pudo más.

—¡Perdonen!...

Y dejando caer la cabeza sobre los brazos, que se sujetaban a la borda, rompió bruscamente en un llanto desesperado y clamoroso, temblando todo, como una criatura a quien abandonan de noche en una región sin amparo.

FIN

